

Selección TERROR

Ada Coretti

BESANDO A LA MUERTE

SELECCION TERROR

ADA CORETTI

BESANDO A LA MUERTE

Colección SELECCION TERROR n.° 588

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

583 — Miedo en el Oriente Express, *Curtis Garland*.

584 — El siniestro doctor Stenberg, *Adam Surray*.

585 — Una invitada del más allá, *Ada Coretti*.

586 — El fuego y las mariposas, *Ralph Barby*.

587 — Sangre bajo la luna, *Lem Ryan*.

ISBN 84-02 02506 4 Depósito legal: B. 28.384-1984

Impreso en España - Printed in Spain

1º edición en España: septiembre, 1984

1º edición en América: marzo, 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bragueta, & A. Parets del Vallés(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPITULO PRIMERO

Entre la espesa y densa niebla que a menudo se cernía sobre la localidad de Middlentton, la novia vestida de blanco había llegado a convertirse en una visión sobrecogedora.

Sobre todo para las mujeres.

Esa visión aparecía y desaparecía como si se tratara de un juego de ilusionismo, de magia.

Pero aquél no era el número de un espectáculo teatral, a cuyo término el público aplaudía, sino una realidad de inquietantes y amenazadoras consecuencias.

Todo empezó el día que Marguerite, la prometida del joven más guapo y rico de la localidad, Telly Mussell, fue a visitar a una amiga.

Esa amiga, que se llamaba Felicia, vivía con su abuela en una pequeña casa situada muy cerca del cementerio. Y la verdad es que la buena y anciana mujer, así que Marguerite llegó, le aconsejó que se marchara pronto. Lo antes posible. No era cosa de que la niebla pudiera dificultarle el regreso.

Marguerite apenas hizo caso de tales palabras. Estaba acostumbrada a la niebla.

Fue entonces cuando la abuela de su amiga bajó el tono, como si tuviera miedo de ser oída, y le hizo saber:

—Últimamente veo una extraña visión merodeando por estos alrededores, y compréndelo, no quisiera que te sucediera nada malo.

—¿Una extraña visión...? —se sorprendió Marguerite.

—Sí, sí —admitió la anciana — . Una novia vestida de blanco. Lleva un vestido precioso —añadió— de seda natural, con incrustaciones bordadas. El velo la envuelve como una nube de ensueño.

—Mi abuela tiene mucha imaginación —dijo Felicia.

—Creo que veo cosas raras debido a la edad —repuso la anciana—, pero te aseguro que no se trata de eso. Es cierto lo que te he dicho. Y puedo decirte más, ese vestido de novia me recuerda al que llevaba... al que llevaba... —se interrumpió.

—¿Quién? —preguntó Marguerite.

—La pobre Liza... —terminó diciendo la anciana—. Una muchacha que, de no haber sido envenenada, hoy sería la esposa de Telly Mussell, el hombre con el que tú acabas de prometerte.

—Por favor, abuela —opuso Felicia—, no hay necesidad de recordar todo aquello.

—¿Por qué no? —quiso saber—. Además, que si hablo así es por el bien de Marguerite. Esa visión que veo resulta inexplicable, y lo sensato, lo razonable, es abrir bien los ojos.

—Señora —manifestó Marguerite, un poco de mal humor—, yo no creo en fantasmas.

—Creerías —le aseguró la anciana— si al oír chirriar la puerta del cementerio se te ocurriera, como a mí, acercarte a la ventana y mirar. Verías cómo surge esa aparición y cómo luego se aleja en busca de algo... No sé de qué... No puedo saberlo.

—¿Qué cara tiene esa aparición? —preguntó Marguerite, y en esta ocasión su sarcasmo se hizo evidente—. Si tan bien lo ve todo, sin duda habrá reparado en ello.

—Esa aparición no tiene cara —manifestó la anciana—. El velo se lo cubre. Sólo puedo decirte que en la mano lleva un látigo.

—¿Un látigo...? —pestañeó Marguerite.

—Sí, eso he dicho. Y que conste —añadió la anciana— que no me extrañaría que esa aparición, ese fantasma, fuera en realidad la propia Liza.

—¡Abuela, por favor! —protestó Felicia.

—La propia Liza —repitió— que sale de su tumba en busca de la persona que acabó con su vida el mismo dia de su boda.

Marguerite no estuvo mucho en la casa de su amiga. Lo quisiera o no, había acabado poniéndose nerviosa.

Ya de regreso, se esforzó por acelerar el paso, mientras andaba paralelamente a la tapia del cementerio. No había tomado en consideración todo aquello, pero lo cierto es que hubiera dado cualquier cosa por estar ya en su casa.

De pronto, y entre la niebla hecha jirones que se había enseñoreado

del ambiente, vio algo ante sí.

Algo que le hizo estremecerse y ponerse a transpirar como si hubiera entrado en una sauna. ¡Ante ella estaba la novia vestida de blanco! ¡Y el vestido era, no cabía dudarlo, el mismo que luciera Liza el día de su boda!

—¿Qué broma es ésta...? —acertó a inquirir.

No hubo respuesta.

—Porque se trata de una broma, ¿no? —la voz se le había hecho un hilo delgado, muy delgado.

Tampoco obtuvo respuesta.

Marguerite reparó en el látigo. Hasta entonces no lo había visto. Y un miedo horrible, espantoso, envolvió todos sus sentidos en un alucinante remolino.

La novia vestida de blanco avanzó un par de pasos. Ahora estaban ya muy cerca una de la otra.

—Si eres... si eres Liza... —murmuró Marguerite, y empezó a tartamudear—, recuerda... recuerda que antes éramos muy buenas amigas. Sí, ya sé que ahora estoy prometida al hombre que debió ser tu marido, pero... pero...

La aparición no dijo nada, y Marguerite, tragando saliva, añadió seguidamente:

—No debes guardarme rencor —seguía tartamudeando, mientras intentaba, sin conseguirlo, distinguir el rostro que ocultaba el velo—. Te creía... te creía muerta... De saber que... que...

Se detuvo. A sí misma se encontró ridícula, absurda. Estaba tratando a aquella aparición como si realmente fuera la propia Liza la que estuviera allí, ante ella. ¡Y eso no era posible porque Liza había muerto! A este respecto no cabían dudas, pues le fue practicada la autopsia. Esta indicó claramente que su muerte había sido provocada por una elevada dosis de arsénico.

Por su parte, la novia vestida de blanco no estaba dispuesta a perder el tiempo. Se hallaba allí, ante Marguerite, por algo. Por algo tan concreto como pueda ser dejar un recuerdo imperecedero.

Y el látigo, largo, delgado y flexible se alzó en el aire, trazando un

semicírculo, y luego descargó un golpe irascible, virulento, frenético, en el rostro de la muchacha. El chasquido resultó espeluznante.

Marguerite soltó un grito de dolor, llevándose las manos al rostro. El látigo le había partido en dos la mejilla izquierda. Desde el ojo hasta la comisura de la boca.

Cuando apartó las manos de la cara, las vio llenas de sangre.

Por un momento, la muchacha temió que aquello no acabara así. Temió que el látigo siguiera dándole, azotándola.

No, la aparición consideró que la había castigado ya suficientemente. Asi que dio media vuelta y desapareció entre la niebla. Una niebla cada vez más espesa, más impenetrable.

Marguerite llegó a su casa dando tumbos, apenas pudiendo andar. Pero ya en su casa, corrió hacia el primer espejo. Lo único que verdaderamente le importaba era saber qué le había pasado a su bonito rostro. El terrible dolor que sentía era algo secundario en aquellos momentos.

Al ver la profunda y sangrante huella que el furibundo látigo había trazado en su mejilla, toda ella se tambaleó.

En aquel instante sonó el teléfono.

Marguerite respingó. No, no pudo dudarlo. Al otro lado del hilo telefónico estaba la novia vestida de blanco. Seguro.

Descolgó el auricular.

—Diga.

—Soy yo... —repuso una voz rasposa, ronca, arañada, que de humana no parecía tener mucho—. Soy yo... Nos hemos visto hace unos minutos... Te he dejado un recuerdo mío, para que no me olvides. Supongo que lo habrás comprendido. No quiero que nadie se case con Telly Mussell.

A partir de aquel día, todas las muchachas que se prometieron a Telly Mussell, el joven más guapo y rico de la localidad de Middlentton, recibieron el mismo castigo que Marguerite.

Una terrible cicatriz en la mejilla izquierda. Una cicatriz que había convertido el rostro femenino en una máscara grotesca.

Cundió el pánico.

El terror.

Y lo dicho, la novia vestida de blanco llegó a convertirse en una visión sobrecogedora.

Sólo hubo una persona, en realidad, que se atrevió a ir en busca de Liza... Porque a juzgar por todo lo que se decía, se trataba de ella. No podía tratarse de nadie más.

Esa persona se dirigió al cementerio y preguntó al sepulturero por la tumba que buscaba. No sabía dónde estaba. Ni idea de ello.

El sepulturero le informó.

Ya ante la tumba de quien estaba dando tantos quebraderos de cabeza a las muchachas casaderas de la localidad, el hombre se quedó un instante reflexivo. Tal vez preguntándose si tenía sentido que se hallase allí dando crédito a lo que, ciertamente, era una historia de locos, de desquiciados. Una historia, en verdad, sin pies ni cabeza.

Y fue así, exactamente, como acabó él.

Sin pies ni cabeza...

Pasadas un par de horas, y al ver que no salía del cementerio, el sepulturero fue a buscarlo. Tenía que cerrar, lo lamentaba. Era ya muy tarde.

Fue entonces cuando la encontró. Le habían cortado los pies y la cabeza. Y cabeza y pies habían sido cuidadosamente colocados sobre la losa de mármol de la tumba de Liza. Como macabros ramos de flores.

CAPITULO II

Stephen Bribb había cogido el coche a eso de mediodía. Al poco de hablar por teléfono con la muchacha que le dijo llamarse Jeannine y que, según le aseguró, necesitaba urgentemente de sus servicios como detective privado, pensó: «Esa clase de clientes son los que me interesan.»

—Le pagaré lo que sea —le había dicho.

Ya al volante de su coche, y muy cerca de la localidad de Middlentton, el joven detective se detuvo para preguntar si iba por donde debía. Sabía por experiencia que a veces resulta excesivamente fácil coger una carretera por otra.

Antes de detenerse, se dio cuenta de que allí cerca se alzaba una tapia. Sin duda era aquél el cementerio.

Se apeó, dirigiéndose hacia una pequeña casa situada a pocos metros de aquel lugar.

Pero antes de llamar a dicha casa, vio que se acercaba una muchacha. Pensó, pues, que no tenía por qué molestar a los ocupantes de esa vivienda. Bastaría que le preguntara a esa muchacha.

Se fijó en ella. Tenía una larga y hermosa cabellera oscura, pero se la peinaba de un modo que no podía menos de sorprender. El cabello le tapaba media cara. Toda la parte izquierda de su rostro permanecía oculto.

«Debe pasarle algo...», dedujo Stephen Bribb.

No se equivocó, y pudo comprobarlo. Mientras le preguntaba si Middlentton era la siguiente localidad y ella le respondía que sí, sopló una ráfaga de aire y el cabello de la muchacha se fue hacia atrás dejando completamente al descubierto su rostro.

Stephen se dio cuenta, entonces, de que una terrible cicatriz achicaba su ojo izquierdo, torcía su boca y formaba un surco escalofriante a lo largo de toda su mejilla.

—Gracias por la información —dijo Stephen, fingiendo no haber reparado en nada.

La ráfaga de aire había decrecido, así que el cabello había vuelto a caer sobre el rostro femenino. Por lo demás, la muchacha, ahora, se lo sujetaba con la mano.

Stephen volvió a su coche, viendo cómo la muchacha a la que había interpelado se dirigía a la pequeña casa y llamaba.

La puerta no tardó en abrirse. Apareció en el dintel una joven que, apenas vio a la que había llamado, se le abrazó muy fuerte en medio de sollozos.

—¡Tengo miedo, Marguerite...! ¡Tengo mucho miedo! —exclamó—. Temo que me suceda a mí lo mismo que a ti. ¡No sé qué hacer! ¡De veras que no sé qué hacer...!

Stephen oyó esto, pero se dijo que a él le esperaba su cliente, así que lo mejor que podía hacer era reemprender la marcha.

No muchos minutos después, ya en el centro de la localidad, daba con la dirección que llevaba anotada en su bloc.

Se trataba de una casa de vecinos, sencilla, humilde. Debían haber dos pisos por rellano. Dicha casa estaba situada en un callejón. Apenas a unos metros de la entrada había una placa de hierro, de esas que dan acceso a las alcantarillas.

Subió la escalera en un santiamén.

Ya ante la correspondiente puerta, hizo sonar el timbre. No con demasiada insistencia, pero tampoco con excesiva brevedad.

Cuando la puerta se entreabrió, sin que la cadena hubiera sido quitada, vio aparecer a una muchacha de apenas veinte años, atractiva, rubia, con unos ojos claros que lo miraron con cierto susto.

—Soy Stephen Bribb, el detective que está usted esperando... Aquí tiene —y lo primero que hizo fue ponerle la documentación por delante.

—Oh, perdone —se disculpó ella — . Tomo mis precauciones por si acaso.., Pase usted —la cadena había sido ya sacada.

Asi que estuvo en el interior del piso, el detective se percató de que la muchacha tenía un gusto exquisito. Hasta los más pequeños detalles lo indicaban así. Aunque se trataba de un piso sencillo, esto también saltaba a la vista.

—Siéntese, por favor —y la muchacha le indicó un asiento.

Poco después, sentada ante él, empezó diciéndole:

—Felicia, una chica que vive con su abuela en una casita situada muy cerca del cementerio, es la actual novia de Telly Mussell. Pero está asustada, asustadísima, tiene miedo de correr la misma suerte que su amiga Marguerite, así que no me extrañaría que cambiara de parecer y decidiera no casarse... En cuyo caso, Telly Mussell pensaría en otra muchacha, ¿se hace cargo? Así que yo...

—Me parece —intercaló Stephen Bribb— que no termino de entenderla bien. ¿Y si me lo explicara todo desde el principio, a poder ser con un poco más de coherencia?

—Oh, sí, claro —se hizo cargo de que había divagado un poco, o más que un poco—. Le ruego que me disculpe. Es que estoy muy nerviosa.

—Se nota perfectamente.

—Verá usted, la primera novia de Telly Mussell fue una muchacha que se llamaba Liza. Era una buena chica. De todos modos, yo diría que se dejaba llevar demasiado fácilmente por unos y otros, y principalmente, claro, por la señora Mussell.

—¿La madre de ese tal Telly...? —preguntó el detective.

—Sí —asintió Jeannine—, una señora muy autoritaria, muy posesiva, junto a la que no creo que resulte fácil convivir. Sin embargo, esa señora adora a su hijo y desea ante todo su felicidad. Pues bien, el mismo día de la boda, Liza murió envenenada.

—¿Ha dicho envenenada? —inquirió Stephen.

—Cuando ya tenía puesto el traje de novia, poco antes de salir hacia la iglesia, recibió una caja de bombones rellenos de licor. Eran su debilidad. Fue incapaz de resistir la tentación y comió dos o tres. Fueron suficientes porque estaban envenenados con arsénico.

—Así que la novia no llegó a la iglesia.

—Sí, llegó, y aparentemente no pasaba nada. Pero a media ceremonia se encogió, se hizo un ovillo, se llevó las manos al estómago, empezó a gritar desaforadamente y poco después había muerto.

—Si había ingerido una buena dosis de arsénico, inevitable, claro

está.

—Antes de morir miró a cuantos la rodeaban, como sabiendo que entre ellos estaba su asesino y dijo: «No han querido que me casara con Telly.»

—¿Se desenmascaró al asesino? —preguntó Stephen.

—No.

—¿Se sospechó de alguien?

—El inspector interrogó repetidamente a Marion Sidney, una muchacha que es modista y que, desde muy jovencita, vive honestamente de su trabajo. Alguien aseguró que estaba enamorada de Telly Mussell desde que ambos eran niños y eso hizo que se recelara de ella. Aunque yo creo que, en realidad, se receló de ella por otro motivo.

—¿Por qué otro motivo...? —quiso saber Stephen.

—Es muda —fue la respuesta.

—¿Y por el mero hecho de ser muda...? —empezó a inquirir—, Bueno —aceptó—, no sería el primer caso en que una mujer con un defecto físico, sabiendo que un hombre no va a ser para ella, se jure a sí misma que tampoco será para nadie. De todo hay...

—Yo creo que Marion Sidney no tuvo que ver nada con el envío de los bombones.

—Unos bombones, supongo —dijo el detective—, que serían comprados en otra parte, no aquí en Middlentton.

—En efecto.

—Bien, prosiga usted.

—Desde la muerte de Liza, Telly Mussell ha tenido otras novias y el caso es que todas han acabado de la misma manera.

—¿Envenenadas?

—No, no —se apresuró a decir Jeannine. Y añadió—: Con una terrible cicatriz en la mejilla izquierda...

Stephen recordó a la muchacha que había visto cerca del cementerio.

—¿Y quién les hace esa cicatriz...? —preguntó.

—Liza.

—¿Ha dicho Liza? —se sorprendió.

—Sí.

—¿No habíamos quedado en que murió envenenada?

—Sí, habíamos quedado en eso. Pero resulta, al parecer, que Liza sale del cementerio vestida de novia, con el mismo traje con que fue enterrada, y que con un látigo...

—¿Con un látigo? —temió no haberlo entendido bien, de ello que deseara concretar.

—Si, sí —asintió Jeannine.

Y a continuación le explicó al detective todo lo que estaba sucediendo desde que aquella visión aparecía y desaparecía como si se tratara de un juego de ilusionismo, de magia.

Un juego que, lamentable y desgraciadamente, estaba dejando buena constancia de su autenticidad.

—En fin —repuso Stephen Bribb al término del relato, tras reflexionar unos instantes— , Liza murió envenenada y ahora se asegura que es ella la que se opone a que Telly Mussell se case. Y usa un látigo como método eficaz y contundente para salirse con la suya... A propósito —quiso saber—, ¿cómo reacciona el propio Telly Mussell cada vez que se encuentra con una novia con el rostro desfigurado?

—No tiene necesidad de reaccionar de ninguna manera. Su madre ya lo hace por él, asegurándole que la madre de sus hijos debe ser una muchacha normal, no una tarada. Aunque la verdad es —agregó Jeannine— que las propias novias son las que, sin necesidad de que intervenga nadie, desisten de su empeño, cambian de parecer...

—Después del latigazo en la cara ya no desean casarse con Telly Mussell, ¿es esto lo que quiere decirme?

—Si —dijo la muchacha—, debido a la llamada telefónica que reciben a continuación.

Le explicó lo de esas llamadas. Se había olvidado de hacerlo, y era un dato importante.

—Bueno, ahora hágame saber para qué estoy yo aquí —repuso Stephen Bribb—. No la veo a usted involucrada en el asunto. ¿O acaso sí lo está?

—Le he dicho antes —observó Jeannine—, que Felicia, la actual novia de Telly Mussell, está asustada, asustadísima...

—De ello —prosiguió Stephen—, que tema correr la misma suerte que Marguerite y las otras novias. Por lo que es muy probable que cambie de parecer y decida no casarse...

—Exactamente. Y así expuestos los hechos —continuó diciendo Jeannine—, llegamos al porqué está usted aquí.

—Soy todo oídos. —Y Stephen sacó una cajetilla de tabaco—. No le importa que fume, ¿verdad? —sonrió.

—No faltaría más —se esforzó por devolverle la sonrisa—. Pues bien, si Felicia cambia de parecer o de suceder quizá algo peor...

—¿Qué es algo peor? —preguntó Stephen, mientras despedía una bocanada de humo.

—Me refiero a que Felicia puede, en el momento menos esperado, ser atacada por la novia vestida de blanco. En tal caso, como sus predecesoras, sin duda recibirá un latigazo que le desfigurará el rostro... Pero, bueno, sea por ese motivo o sea por el anteriormente expuesto, es muy probable que Telly Mussell piense en una nueva novia...

—En usted —dijo Stephen.

—Si, en mí —asintió Jeannine—. Me han asegurado que Telly Mussell ha dicho que soy una chica muy guapa y que lamentaba no haberme conocido antes. ¿Se hace usted cargo?

—Perfectamente.

—Pues en esto estoy. Ahora me pregunto lo que deberé responderle si me pide que sea su esposa. Una petición sumamente tentadora —se apresuró a hacer constar Jeannine—, porque es el joven más rico de toda la localidad. Por lo demás —añadió— yo siempre he soñado con una buena boda.

—En conclusión, ¿qué es lo que desea de mi?

—Deseo —dijo Jeannine— que antes de verme obligada a dar una

respuesta a Telly Mussell, si es que él ciertamente solicita mi mano, usted averigüe qué es lo que realmente sucede. Porque yo no termino de ver nada claro todo este asunto, cosa lógica, ¿no cree? Eso de que una muerta reviva y salga del cementerio con un látigo en la mano dispuesta a...

—De acuerdo —repuso Stephen Bribb—, averiguaré lo que pasa, no se preocupe. No creo que tenga que estar aquí, en Middlentton, más de una semana.

—Sería estupendo que tan fácilmente...

—Oiga —Stephen la interpeló de pronto—, ¿cómo es que una chica tan encantadora como usted está dispuesta a una cosa tan fea, como es casarse por dinero?

Jeannine se quedó cortada, un poco avergonzada. Pero lo cierto es que no pudo evitar el siguiente pensamiento: «Ante un tipo como tú, a una ha de costarle muy poco olvidarse del dinero y hasta del resto del mundo.»

Desde luego, Stephen Bribb era todo un tipo. No había amigo o enemigo que pudiera negárselo.

Con su metro ochenta de estatura y su considerable anchura de tórax y hombros, su sola presencia hacía andarse con cuidado a quienes no tuvieran las intenciones muy claras. Punto aparte, su sola presencia hacía suspirar a la mayoría de las mujeres. Bueno, concretando más y mejor, a todas las mujeres.

Por eso, sin duda, Stephen fue muy bien recibido en el hotel. En el único y pequeño hotel que había en la localidad.

Un lugar donde la clientela no abundaba y donde las ganancias, pues, no debían ser muy considerables. Pero tampoco era aquél un mal negocio, todo hay que decirlo.

De ello, que aquel negocio no hubiera parecido nada despreciable a la llamativa, curvilínea y pelirroja Constance.

Esta, que actualmente tendría unos veinticuatro años, había nacido en Middlentton. De padres muy pobres, se quedó huérfana siendo aún muy niña. A los dieciocho años se fue de la localidad. Aseguró que iba a reunirse con una tía que vivía en la ciudad. Pero uno de sus vecinos dijo, poco tiempo después, que la había visto en Londres dedicada a la prostitución.

Así era, en efecto. No obstante, a Constance pareció importarle muy poco que en Middlentton se enteraran de la vida que llevaba. Lo único que a ella le importaba era, según afirmó, hacer dinero, ahorrar, y no depender de nadie.

Haría un par de meses volvió a la localidad donde había nacido. Sólo por unos días.

Sin embargo, se enteró de que el hotel estaba en venta y decidió comprarlo. Tenía ahorrado lo suficiente, así que pensó que no tenía por qué reflexionar más.

Constance recibió con agrado a Stephen Bribb. Con la mejor y más atractiva de sus sonrisas.

—¿Va a estar muchos días aquí, señor?

—Todavía no lo sé. Una semana, supongo.

—¿Quiere firmar en el libro de registro? Ahora mismo le subirán el equipaje.

Ya en su habitación, bastante acogedora, Stephen echó una ojeada a través de los cristales de la ventana.

Relativamente cerca de allí se alzaba una gran casa. La mejor sin duda de toda la localidad.

No hacía falta preguntar. Seguro que allí vivía la señora Mussell y su hijo Telly.

Stephen se dijo que tendría que hacerles una visita. De este modo, posiblemente, le sería mucho más sencillo ahondar en aquel asunto. Un asunto que, en honor a la verdad, tenía bastante de desconcertante. Al menos a primera vista.

Le subieron el equipaje.

Y lo hizo el botones acompañado de una camarera joven y bonita, que miró con muy buenos ojos a Stephen.

—Mi nombre es Rita. Quedo a su disposición, señor. Llámeme para todo lo que necesite —dijo la muchacha intencionadamente al despedirse.

Desde luego, dio la sensación de que acabara de decir: «Me encantaría acostarme con usted. Si me llama, llegaré corriendo.»

Stephen pensó que las mujeres de Middlentton eran un verdadero primor. La camarera era una monada, la dueña era todo un delicioso manjar y en cuanto a Jeannine...

¡Lástima que Jeannine deseara casarse por dinero! Los detectives privados nunca llegan a ser demasiado ricos.

CAPITULO III

La señora Mussell le recibió de un modo no excesivamente amable, ni siquiera cordial, aunque sí correcto.

Era una mujer alta, de gesto dominante, autoritario, a la que bastaba mirar para convencerse de que a su lado debían ir todos muy derechos.

Stephen Bribb le dijo que era periodista y que su jefe le había enviado a Middlentton para que sacara un buen reportaje de esa historia que se daba por cierta. La historia de la novia vestida de blanco...

No tuvo que proseguir. La señora Mussell le interrumpió.

—¿Y pretende que sea yo quien le informe?

—Me he tomado la libertad de molestarla, señora, por considerar que usted podía ser la persona idónea para hacerlo. Es usted la madre del novio... —recalcó esta última palabra.

—Comprendo —repuso escuetamente la señora Mussell. Quien, no obstante, añadió acontinuación — : ¿Quiere tomar algo, señor Bribb?

—Es usted muy amable.

—¿Un whisky?

—Sí, gracias.

—Yo se lo serviré... —se dejó oír inesperadamente una voz de hombre.

Stephen miró hacia la puerta del saloncito y vio a un joven alto, rubio, lo suficientementeguapo como para no dudar que se trataba de Telly.

—Mi hijo... —presentó la señora Mussell—. El señor Bribb, periodista...

—¿Periodista? —inquirió Telly. Y sin más—: Está claro, viene a sacarle fusta a ese fantasma vestido con traje de novia que surge cuando menos se le espera y que está llenando de pánico a todas las muchachas casaderas de la localidad.

—Vengo con esa intención, efectivamente —añadió Stephen — . Y me he permitido contar con la amable colaboración de ustedes.

—Una colaboración que yo, por mi parte, no voy a tener el menor inconveniente en ofrecerle —dijo Telly—, Confiando en que usted, a su vez, me ayude a mí.

—¿Quiere decir... ? —preguntó Stephen.

—El inspector de policía no averigua nada, no aclara nada. Pienso que usted, quizá, más suspicaz... Hágase cargo, el asunto me tiene sobre ascuas.

—Nos tiene —pluralizó la señora Mussell—, Yo soy su madre y sufro indeciblemente cada vez que esos hechos, tan inquietantes como insólitos, tan terribles como incomprensibles...

—Aquí tiene su whisky, señor Bribb. —Y Telly se había servido otro para él.

A continuación le expuso sus puntos de vista. Puntos de vista que al menos apuntaban hacia una manera clara y concreta de ver las cosas.

—Yo no creo, como es lógico y natural, que Liza sea una muerta que aún viva — añadió—. Sencillamente, yo creo que tras ese traje de novia se oculta alguien que no quiere que yo me case. Desde luego, fue esa misma persona la que envió los bombones envenenados a Liza. Para mí está claro como el agua.

—¿Sospecha de alguien? —preguntó Stephen.

—No puedo evitarlo —lo dijo como a pesar suyo—. Sospecho de una muchacha muda que...

—¡Marion es una excelente y buenísima muchacha, y es absurdo que receles de ella! — exclamó la señora Mussell, interrumpiendo a su hijo.

—Alguien tuvo que enviar los bombones a Liza. Alguien tiene, ahora, que ocultarse tras el traje de novia... —dijo Telly—, Son hechos reales, determinantes, que no admiten vuelta de hoja.

—Sin embargo —repuso la señora Mussell—, debes convenir conmigo, hijo mío, en que Liza era una muchacha muy especial...

—¿Qué tenía de especial? —preguntó Stephen, considerando que el pormenor podía ser de una gran importancia.

—Se lo explicaré en pocas palabras y así podrá.,.

—Mamá —le interrumpió Telly—, ¿es preciso hablar mal de una

muerta? Lo encuentro de pésimo gusto.

Se hizo aún más autoritario y dominante el gesto de la señora Mussell, y la respuesta no tardó en llegar.

—Si Liza no me caía bien, ¿por qué he de decir lo contrario al señor Bribb?

—Si es por eso. a ti nunca te caen bien ninguna de mis novias! —exclamó Telly—, ¡Eres demasiado exigente, te lo he dicho siempre y ahora te lo repito!

—Deseo lo mejor para ti, Telly. No debe sorprenderte. A todas las madres les sucede lo mismo.

—De acuerdo, de acuerdo... —cedió Telly, dando la sensación de que antes o después siempre terminaba transigiendo y replegándose ante la presión materna.

—Dígame —insistió Stephen—, ¿qué tenía Liza de especial?

—No era en absoluto como parecía ser —dijo la señora Mussell — . Si habla de Liza con cualquier persona, seguro que le dirá que se dejaba llevar fácilmente por unos y otros, principalmente por mí... ¡Oh, no, nada de eso, se lo aseguro! Tenía un carácter fuerte, y no solía ceder por nada. Bueno, cuando veía mi mala cara, corregía, disimulaba, pero volvía a ser la misma a la primera ocasión. Mi hijo puede atestiguar lo que acabo de decir,

—Sí, en efecto —asintió Telly.

—Usted, señora, no deseaba que su hijo se casara con Liza, ¿verdad? —se atrevió a preguntar Stephen, pero lo hizo con un tono suave, discreto.

—Yo deseo fervientemente que Telly se case y tenga hijos —contestó la señora Mussell—. No quiero morirme sin ver un nieto correteando por aquí. El caso es que estoy muy enferma del corazón, ¿sabe? De todos modos —agregó—, la verdad es que llegué a sentir muy poco aprecio por Liza. Pero las relaciones entre ella y mi hijo estaban ya muy adelantadas, la fecha de la boda señalada y... Pero, bueno, ¿a qué referirnos a todo eso? Sucedió lo que menos podíamos esperarnos...

—¿Y qué me dice de las demás novias? —preguntó Stephen—. Me refiero a las que han acabado con una cicatriz en su mejilla izquierda.

—Todas ellas me han parecido una buena elección —aseguró la señora Mussell—. Es así, se lo aseguro, por más que mi hijo acabe de decirle que nunca me caen bien ninguna de sus novias. Lo que sucede es... es... —no terminó.

—¿Quiere otro whisky? —ofreció Telly viendo que el vaso de Stephen estaba ya vacio.

—No, gracias.

—Lo que sucede es... —siguió diciendo la señora Mussell— que cuando las veo con la cicatriz desfigurándoles el rostro... —volvió a detenerse—. Quedan tan horribles, hágase cargo... —terminó diciendo.

—Sí, claro —asintió Stephen.

—Ahora bien, cuando me he referido a que Liza tenía algo de especial, he aludido a algo más... —la señora Mussell no quiso, por lo visto, dejar de decirlo—, ¡Tenía unos temas de conversación que sobrecogían el ánimo, cortaban la respiración!

—¿Sí... ? —inquirió Stephen.

—Siempre estaba hablando de muertos. No sé cómo se las arreglaba, pero cualquier conversación, por agradable y amena que fuera, acababa relacionándola con alguien que había dejado ya de existir y que «era ya sólo huesos». Esta parecía ser su frase favorita.

—Vaya por Dios... --murmuró Stephen.

—En una ocasión llegó a asegurar que si ella se muriera joven...

—¡Mamá, por favor! —protestó Telly de nuevo—. ¿A qué viene repetir eso? Lo dijo de broma, había bebido un par de copas de champaña y...

—Pero lo dijo —insistió la señora Mussell—, Aseguró que si ella muriera joven, antes de ser sólo huesos saldría de su ataúd, se escaparía del cementerio y...

—¿Y qué? —preguntó Stephen.

—No acabó la frase —observó la señora Mussell—, ni yo en realidad di importancia a lo que decía. Por lo menos no se la di hasta hace poco... Ahora es distinto —reconoció—. Por eso, ahora, cada vez que recuerdo haber visto a Telly besando a Liza, me estremezco, me

agito... Lo mismo que si le hubiera visto besando a la muerte...

—¡Mamá, por favor! —volvió a exclamar Telly—, Con estas cosas que dices vas a causar una sensación deplorable al señor Bribb. El sabe, como de sobra lo sabes tú, que si una persona muere deja ya de pertenecer a los vivos y que no puede, aunque quiera, salir del ataúd y...

—No sé..., no sé... —la señora Mussell movió dubitativamente la cabeza—. No sé qué pensar.

Stephen la miraba y se decía que una mujer como aquélla, de gesto tan autoritario y dominante, debería, al parecer, ver con más serenidad lo que sucedía a su alrededor.

¿O acaso estaba representando un papel?

No pudo menos que preguntárselo.

CAPITULO IV

Cuando Stephen Bribb salió de la casa de la señora Mussell, se encaminó calle abajo y luego torció a la primera bocacalle.

Le habían facilitado una dirección y se dirigía hacia allí. Esperaba encontrar a Marion Sidney.

Era preciso que hablara con ella, aunque eso de hablar, claro, resultaría un poco relativo. Aquella muchacha, modista de profesión, era muda.

Pero para el caso sería lo mismo. Hablaría él, le haría preguntas, y con gestos afirmativos o negativos se entenderían. Como sin duda se entendía con los demás.

Marion Sidney vivía en la trastienda de una sencilla boutique. Una puerta de cristal daba acceso a la tienda.

Stephen la empujó y entró en el establecimiento, tras cuyo mostrador se encontraba una jovencita.

—Desearía ver a la señorita Sidney... Marion Sidney... —dijo tras un breve saludo.

—Está en la trastienda, cosiendo —contestó la jovencita—. Soy yo quien atiendo al público. No sé si lo sabe usted, ella no puede hablar, es muda.

—Ya lo sé —contestó Stephen—, Ruéguele que salga un momento, por favor.

Salió de la trastienda pocos instantes después, sorprendiendo a Stephen por su aire candoroso y angelical.

No, sinceramente no esperaba que fuera así. ¿Acaso una muchacha como aquélla puede infundir sospechas?

En fin, que todo es posible en el mundo y que uno no debe fiarse nunca de las apariencias. Era él el primero en saberlo.

—Señorita Sidney... Soy periodista y vengo a hacerle unas cuantas preguntas referentes a Liza y a la novia vestida de blanco. Me han enviado aquí para que escriba un reportaje. Si fuera usted tan amable de responderme...

Marion Sidney hizo un gesto afirmativo.

—Alguien envió a Liza los bombones envenenados. ¿Sospecha usted de alguna persona? —fue la primera pregunta.

Marion Sidney denegó.

—¿Está segura? —insistió Stephen—, De encubrir a alguien podría estar en peligro su propia vida.

La muchacha pareció un poco desconcertada, como si hasta ese momento no se le hubiera ocurrido pensar en esa posibilidad. Aun así, su desconcierto fue momentáneo. —Se asegura —siguió diciendo Stephen— que Liza sale de su tumba y del cementerio, y que con un látigo...

Marion Sidney asintió repetidamente.

—Se dice que lleva el mismo vestido de novia que el día de su boda, con el velo sobre el rostro.

Volvió a asentir.

— Un vestido que cosió usted —puntualizó Stephen—. Un vestido precioso, de seda natural, con incrustaciones bordadas.

Marion Sidney asintió otra vez.

— Pues bien —dijo Stephen—, como no es posible que ese vestido siga en tan buenas condiciones dado que Liza fue enterrada con él hace ya tiempo, no queda otra opción que suponer que usted confeccionó, no un vestido, sino dos. Dos exactamente iguales... Marion Sidney movió negativamente la cabeza, y lo hizo varias veces como queriendo convencer de ello a su interlocutor.

— Me gustaría creerla —repuso Stephen—. Por su propio bien se lo digo.

Marion Sidney siguió denegando.

— Bueno, no puedo obligarla a decir algo si usted no desea hacerlo. Tendré que conformarme con hacerle un par de preguntas más. ¿Qué opinión le merece la señora Mussell? ¿Es a su juicio una buena persona?

Marion Sidney hizo un gesto afirmativo.

—¿Y qué me dice de su hijo Telly? ¿Es también una buena persona?

El gesto afirmativo se hizo insistente.

— Usted sabe —intervino la jovencita que seguía tras el mostrador— que Telly Mussell dijo a la policía que quizá había sido usted quien envió los bombones envenenados a Liza. Y un hombre que es capaz de decir eso...

Marion Sidney hizo un gesto de comprensión, de tolerancia. Se había acentuado su expresión candorosa y angelical.

— Me hospedo en el hotel —dijo Stephen seguidamente—. Si por el motivo que sea necesita usted de mí, o si se da el caso de que de pronto recuerda algo, ¿me llamará? Yo vendría en seguida.

Hizo un gesto de quien comprende y de quien queda de acuerdo.

— Mi nombre es Stephen Bribb, me había olvidado de decírselo. Hasta la vista, señorita Sidney —y le tendió la mano.

La muchacha muda le tendió la suya.

Stephen se dio cuenta de que aquella mano estaba fría.

* * *

Felicia se sentía muy nerviosa. Su abuela había salido a hacer unas compras y todavía no había regresado, y tenía que haberlo hecho ya. No tardaría mucho en declinar el día.

Miró a través de la ventana orientada hacia la carretera, hacia el cementerio. Ni rastro de su abuela.

Se le ocurrió salir a buscarla. Posiblemente estaría a medio camino.

Pero se quedó junto a la ventana, lo mismo que si los pies se le hubieran pegado al suelo. ¡Tenía miedo!

Cuando se casara con Telly Mussell todo cambiaría radicalmente. Se iría a vivir a la espaciosa y hermosa casa de él. No sólo ella, sino también su abuela. Todo podía llegar a ser sencillamente maravilloso.

Pero ¿llegaría a casarse con Telly Mussell? ¡Tenía miedo! ¡Mucho miedo...!

Cada vez que pensaba en la novia vestida de blanco sentía como si

un insondable abismo se abriera a sus pies y la tragara hasta lo más hondo, hasta lo más profundo.

Lo que había pasado a su buena amiga Marguerite y a otra muchacha después, podía muy bien sucederle también a ella. Lo sabía.

Tal vez le traería cuenta, y no era la primera vez que pensaba en ello, decir a Telly Mussell que había cambiado de parecer. Podría casarse con otro. No sería una boda tan ventajosa, pero en la vida no sólo cuenta el dinero.

Su abuela no regresaba.

Debería ir a buscarla.

Se decidió. Tal vez se había caído, o le había pasado algo. Cuando se tiene una edad avanzada cualquier cosa puede acontecer.

Se puso el abrigo, se lo abotonó y salió de la casa, guardándose la llave en el bolsillo.

Aún no había sacado la mano del bolsillo cuando ya se había arrepentido de lo que acababa de hacer. No porque la noche se hubiera echado encima, pues todavía imperaba la claridad del día, sino porque la niebla había surgido casi de pronto, como si lo hubiera hecho traidoramente, alevosamente.

Esa niebla parecía conjurada con los espíritus del mal.

Quizá hubiera vuelto sobre sus propios pasos, pero miró hacia las primeras casas de Middlentton, que aparecían a unos seiscientos metros de allí, y vio a su abuela. Por aquella zona aún no había niebla, aunque no tardaría en haberla.

Su abuela llevaba un par de bolsos y avanzaba despacio.

Felicia comprendió que a su abuela le iría muy bien que ella le fuera al encuentro y que le descargara del peso que llevaba.

Pero apenas hubo avanzado veinte metros, quizá ni eso, Felicia se detuvo súbitamente. Espantada, aterrorizada ante lo que sus ojos veían.

¡La novia vestida de blanco estaba allí, y esgrimía su inexorable látigo!

Un látigo que empezó a descargar furibundos golpes a un lado y al otro, dejando oír unos endiablados chasquidos. Se trataba, no cabía suponer otra cosa, de dejar constancia de que aquello iba en serio.

Terriblemente en serio.

Felicia permaneció inmóvil, lo mismo que si de súbito se hubiera quedado paralizada. Sin fuerzas para nada, ni tan siquiera para retroceder.

En realidad, se hallaba ya a merced de aquel látigo largo, delgado y flexible. Era fácil comprenderlo así, dada la proximidad que los unía.

—¿Eres Liza...? —preguntó la muchacha, e intentaba inútilmente ver el rostro que ocultaba el velo—. No, no puedes ser Liza... —era como si se respondiera a sí misma—. Liza murió envenenada.

Felicia vio cómo su abuela había soltado los bolsos y corría a su encuentro con toda la rapidez que sus envejecidas piernas le permitían.

Sin embargo, su abuela no iba a llegar a tiempo de intervenir, de interceder a su favor. No iba a llegar a tiempo, pues, de evitar lo que ya parecía estar programado.

El látigo se alzó en el aire, trazó un diabólico semicírculo y cayó furibundo e implacable sobre el rostro de Felicia.

La muchacha soltó un grito de dolor, llevándose las manos al rostro. El azote le había partido en dos la mejilla izquierda. Desde el ojo hasta la comisura de la boca.

Cuando Felicia apartó las manos de su cara, las vio llenas de sangre.

Lo mismo que le había sucedido a su amiga Marguerite y luego a varias muchachas más. Todo idéntico. Ni calcado.

La visión, el fantasma, lo que fuera aquello, aunque en realidad sólo parecía ser una novia vestida de blanco, consideró, lo mismo que en anteriores ocasiones, que ya había infringido un castigo suficiente a su víctima.

Así que dio media vuelta y desapareció entre la niebla. Una niebla que por minutos, por segundos, se estaba haciendo más densa, más compacta.

La abuela de Felicia llegó corriendo hasta la muchacha. Pero ya sabía, por su grito, lo que había sucedido.

Al ver la terrible herida que el látigo había trazado en el rostro de su nieta, la pobre mujer no fue capaz de soportar lo, de resistirlo. La

indignación la agitó, la convulsionó.

Y sin acertar a pensárselo dos veces, se lanzó torpemente en pos de la novia vestida de blanco.

Había visto su silueta perdiéndose muy cerca de la puerta del cementerio. Sin duda, pues, el endiablado fantasma debía haber entrado en el camposanto.

Se fue hacia allí, sabiendo que, dada la hora que era, el sepulturero aún no habría cerrado la puerta.

Efectivamente, la puerta seguía abierta. Pudo franquearla con toda normalidad

Y ya entre cipreses, tumbas, losas e inscripciones, la abuela de Felicia se dirigió hacia donde reposaban los restos de Liza.

Ya allí cerca, fue cuando se percató de que la visión blanca se había escondido tras un banco de piedra. No quería que ella la localizara, esto resultaba evidente.

Pero la abuela de Felicia quería saber a toda costa, al precio que fuera, quién se escondía tras aquellos velos nupciales.

Así que se dirigió hacia el banco de piedra y ya allí se encaró a la visión sobrecogedora.

—¿Quién eres...? —le increpó.

Y antes de recibir una respuesta, alzó la mano y arrancó el velo que cubría aquel rostro.

—No podía imaginarlo... —se sorprendió enormemente al ver quién era.

—Sí, yo —fue la contundente respuesta.

—No voy a consentir que esto acabe así —le desafió la anciana—. Felicia ha quedado desfigurada para toda la vida...

Pero se quedó con la palabra en la boca, aterrorizada hasta más allá de lo que un humano pueda llegar a imaginar, al ver que aparecía ante sus ojos, no el látigo, sino un hacha...

Un hacha cuyo filo reluciente y cortante lanzó siniestros destellos.

—No quería hacer esto... —dijo la novia vestida de blanco—. De veras

que no quería... Pero usted me obliga...

La anciana se dijo que tenía ya muchos años, que ya había vivido bastante. Por eso, quizá, ni siquiera se movió.

El hacha, por tanto, lo tuvo sencillo. Espeluznantemente sencillo.

Un instante después, la cabeza de la anciana había caído rodando por tierra.

Desde luego, se trataba de que aquel crimen enarbolara una marca, una rúbrica. Y por eso, sin duda, fueron amputados los pies a la pobre y desdichada anciana.

Y cabeza y pies acabaron siendo cuidadosamente colocados sobre la losa de mármol de la tumba de Liza.

Como macabros ramos de flores.

CAPITULO V

Hacía rato que Jeannine estaba hablando con el detective que había contratado, con mucho acierto, indudablemente, porque no sólo tenía trazas de ser todo un profesional eficaz y competente, sino que además...

Bueno, valía más que se lo confesara a sí misma. Desde que Stephen Bribb había aparecido en su vida, ya no le tentaba nada la idea de casarse con Telly Mussell y hacer una boda de conveniencia. Ni siquiera veía ya tan guapo al propio Telly.

Por lo tanto, lo había decidido, aunque Felicia cambiara de parecer y dejara su puesto vacante, y aunque Telly le pidiera que se casara con él, no, ella no lo aceptaría. Y no precisamente por miedo a esa visión, a ese fantasma, a la novia vestida de blanco... No lo aceptaría, simple y llanamente, porque las cosas habían cambiado para ella. Ya no podía mirar su futuro desde la perspectiva que lo hacía antes.

Pero Jeannine no podía hacer saber al detective que Telly Mussell ya no le interesaba. Hacerlo hubiera equivalido a decirle que ya no precisaba de sus servicios y que podía irse por donde había venido. Y ella quería que siguiera a su lado. Esto lo primero.

—Pues de momento no hay más —repuso Stephen, y acababa de beberse el brandy que la muchacha le había servido—. No hay más, Jeannine...

La muchacha sonrió al oírle pronunciar su nombre.

—¿Hemos adelantado algo, Stephen? —le preguntó ella.

—Quisiera poder responderte afirmativamente, pero aún es pronto para eso. Hasta este momento me he estado limitando a colocar mis piezas en el tablero...

—Sé que las moverás bien —dijo ella — . Mi confianza en ti es total, absoluta.

—Me alegro que sea así.

Y Stephen, que estaba sentado en el sofá cerca de ella, se movió un poco, se sentó mejor y consiguió que la proximidad de ambos se hiciera deliciosamente excitante.

—Ejem..., ejem... —tosió Jeannine.

Stephen fingió no oírla y se inclinó sobre ella, cercándola con uno de sus brazos. Y el beso, apasionado y compartido que en buena lógica tenía que llegar, desde luego llegó.

Stephen creyó que quizá llegaría algo más, es decir, acostarse con la muchacha. Vivía sola en aquel piso y todo podían ser facilidades.

Pero Stephen se equivocó. Tras el beso, la muchacha se puso seria y dijo:

—Es demasiado pronto para un jaque mate. —Y consideró oportuno cambiar de conversación, por lo que añadió—: Dime, Stephen, ¿qué te induce a decir que eres periodista? Porque es lo que has dicho a la señora Mussell y a su hijo, y también a Marion Sidney.

—Al culpable, quien quiera que éste sea, lo asustaré menos si le digo que soy periodista que si le digo que soy detective. Y de momento no quiero asustarlo. Eso, en todo caso, llegará después.

—¿Qué te ha parecido Marion Sidney?

—Tiene un aspecto sumamente candoroso y angelical —contestó—. Además, que la novia vestida de blanco, después del contundente latigazo, telefonea a sus víctimas y les dice que con Telly Mussell no se casará nadie, ¿no es eso? Pues si habla a través del hilo telefónico, queda claro que no es Marion quien lo hace. Ella es muda.

—Sí, claro —asintió Jeannine,

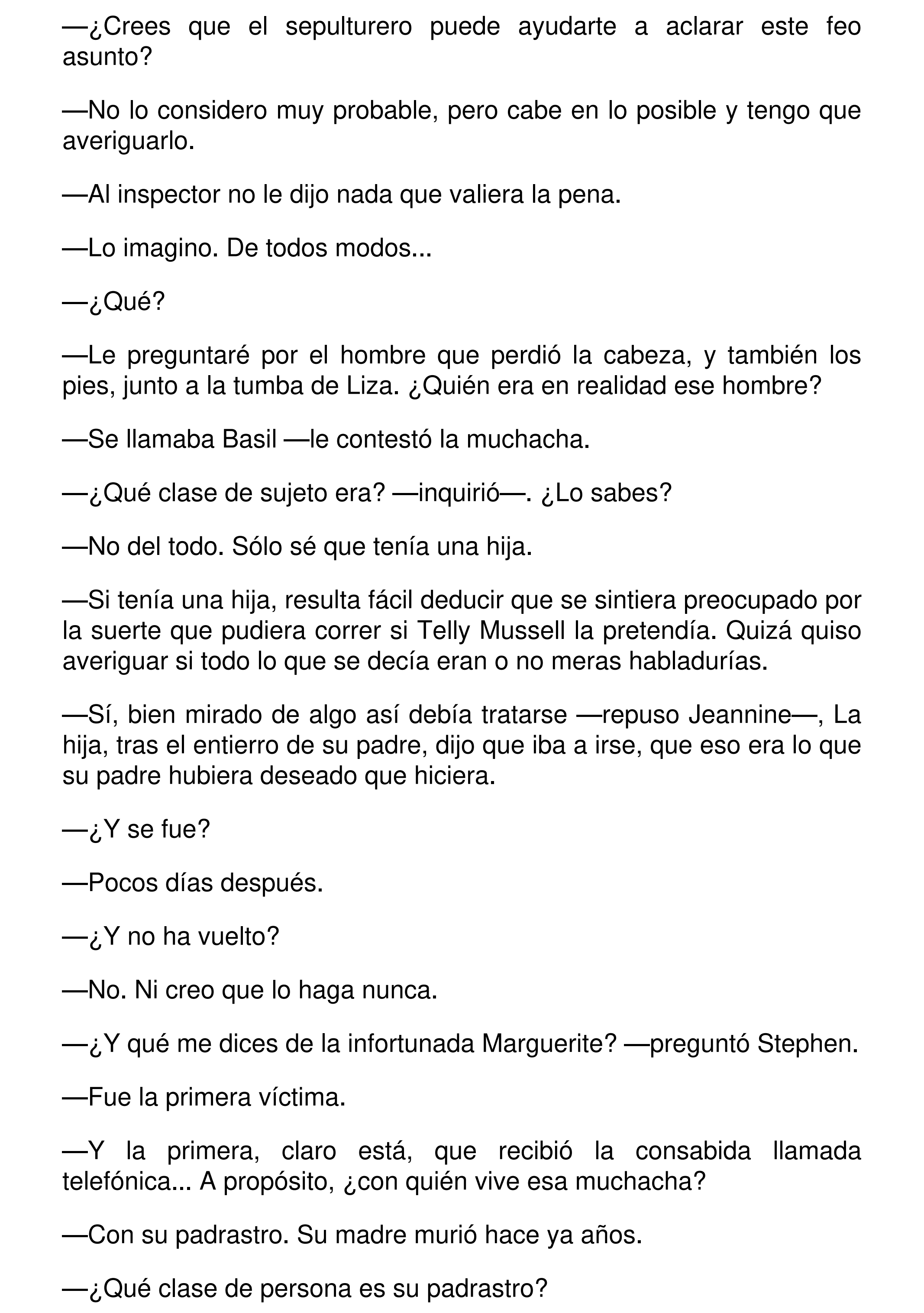
—Sin embargo —concretó él—, Marion Sidney no ha sido del todo sincera conmigo. Ella no cosió un traje de novia, sino dos, lo aseguraría. Dos exactamente iguales. —Eso equivaldría a suponer que está de acuerdo con...

—Hemos de averiguar con quién —dijo Stephen—. Pero no, no debe estar de acuerdo con nadie, no creo que se trate exactamente de eso Sin embargo, estoy convencido de que ella cosió dos vestidos...

—No lo entiendo —reconoció Jeannine—. Por lo menos no entiendo adónde quieres ir a parar.

—Mañana iré a parar —repuso Stephen— al cementerio. Echaré un vistazo a la tumba

de Liza, hablaré con el sepulturero e intentaré averiguar algo.



—¿Crees que el sepulturero puede ayudarte a aclarar este feo asunto?

—No lo considero muy probable, pero cabe en lo posible y tengo que averiguarlo.

—Al inspector no le dijo nada que valiera la pena.

—Lo imagino. De todos modos...

—¿Qué?

—Le preguntaré por el hombre que perdió la cabeza, y también los pies, junto a la tumba de Liza. ¿Quién era en realidad ese hombre?

—Se llamaba Basil —le contestó la muchacha.

—¿Qué clase de sujeto era? —inquirió—. ¿Lo sabes?

—No del todo. Sólo sé que tenía una hija.

—Si tenía una hija, resulta fácil deducir que se sintiera preocupado por la suerte que pudiera correr si Telly Mussell la pretendía. Quizá quiso averiguar si todo lo que se decía eran o no meras habladurías.

—Sí, bien mirado de algo así debía tratarse —repuso Jeannine—, La hija, tras el entierro de su padre, dijo que iba a irse, que eso era lo que su padre hubiera deseado que hiciera.

—¿Y se fue?

—Pocos días después.

—¿Y no ha vuelto?

—No. Ni creo que lo haga nunca.

—¿Y qué me dices de la infortunada Marguerite? —preguntó Stephen.

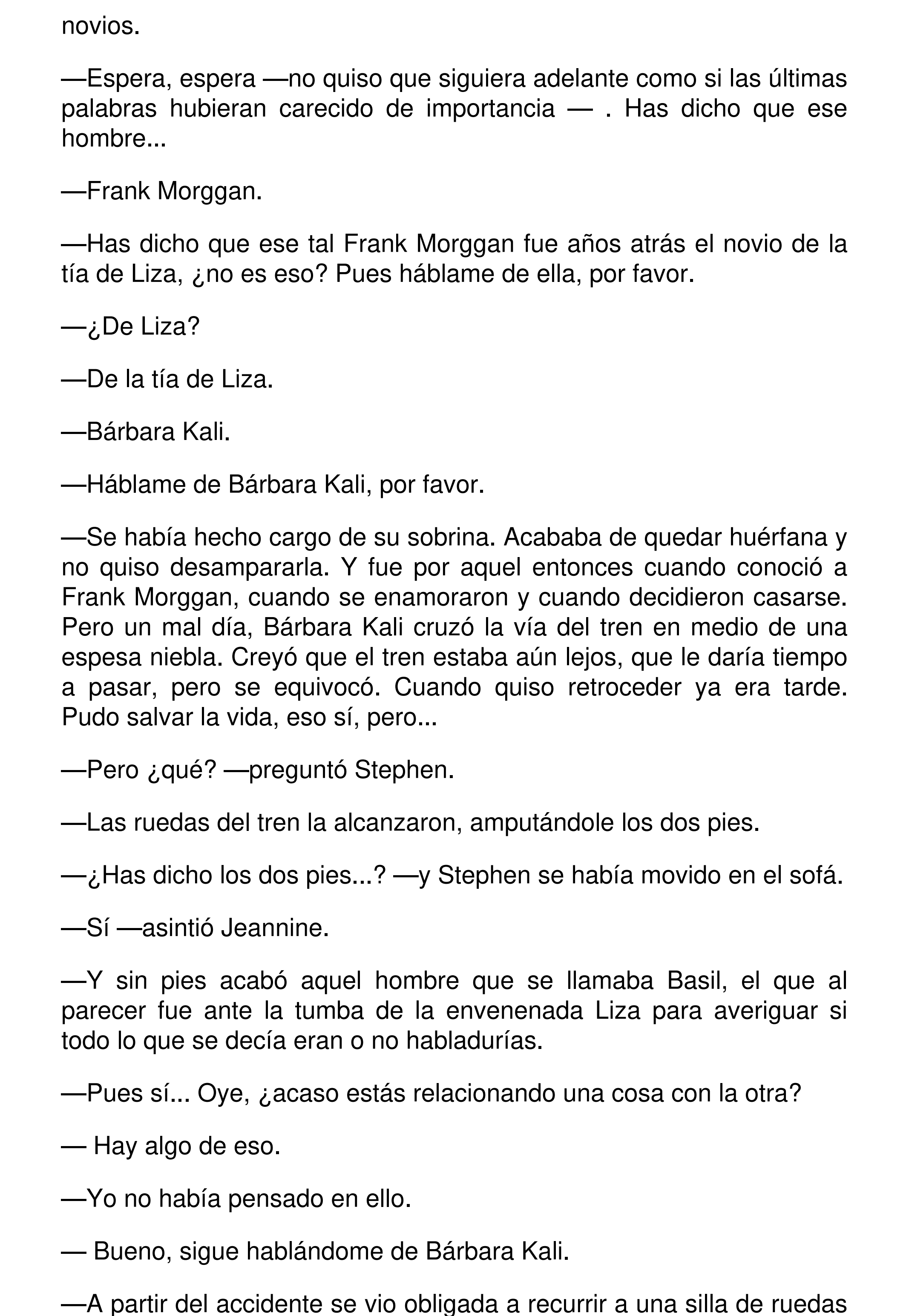
—Fue la primera víctima.

—Y la primera, claro está, que recibió la consabida llamada telefónica... A propósito, ¿con quién vive esa muchacha?

—Con su padrastro. Su madre murió hace ya años.

—¿Qué clase de persona es su padrastro?

—Dio mucho que hablar hace años, cuando él y la tía de Liza eran



novios.

—Espera, espera —no quiso que siguiera adelante como si las últimas palabras hubieran carecido de importancia — . Has dicho que ese hombre...

—Frank Morggan.

—Has dicho que ese tal Frank Morggan fue años atrás el novio de la tía de Liza, ¿no es eso? Pues háblame de ella, por favor.

—¿De Liza?

—De la tía de Liza.

—Bárbara Kali.

—Háblame de Bárbara Kali, por favor.

—Se había hecho cargo de su sobrina. Acababa de quedar huérfana y no quiso desampararla. Y fue por aquel entonces cuando conoció a Frank Morggan, cuando se enamoraron y cuando decidieron casarse. Pero un mal día, Bárbara Kali cruzó la vía del tren en medio de una espesa niebla. Creyó que el tren estaba aún lejos, que le daría tiempo a pasar, pero se equivocó. Cuando quiso retroceder ya era tarde. Pudo salvar la vida, eso sí, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Stephen.

—Las ruedas del tren la alcanzaron, amputándole los dos pies.

—¿Has dicho los dos pies...? —y Stephen se había movido en el sofá.

—Sí —asintió Jeannine.

—Y sin pies acabó aquel hombre que se llamaba Basil, el que al parecer fue ante la tumba de la envenenada Liza para averiguar si todo lo que se decía eran o no habladurías.

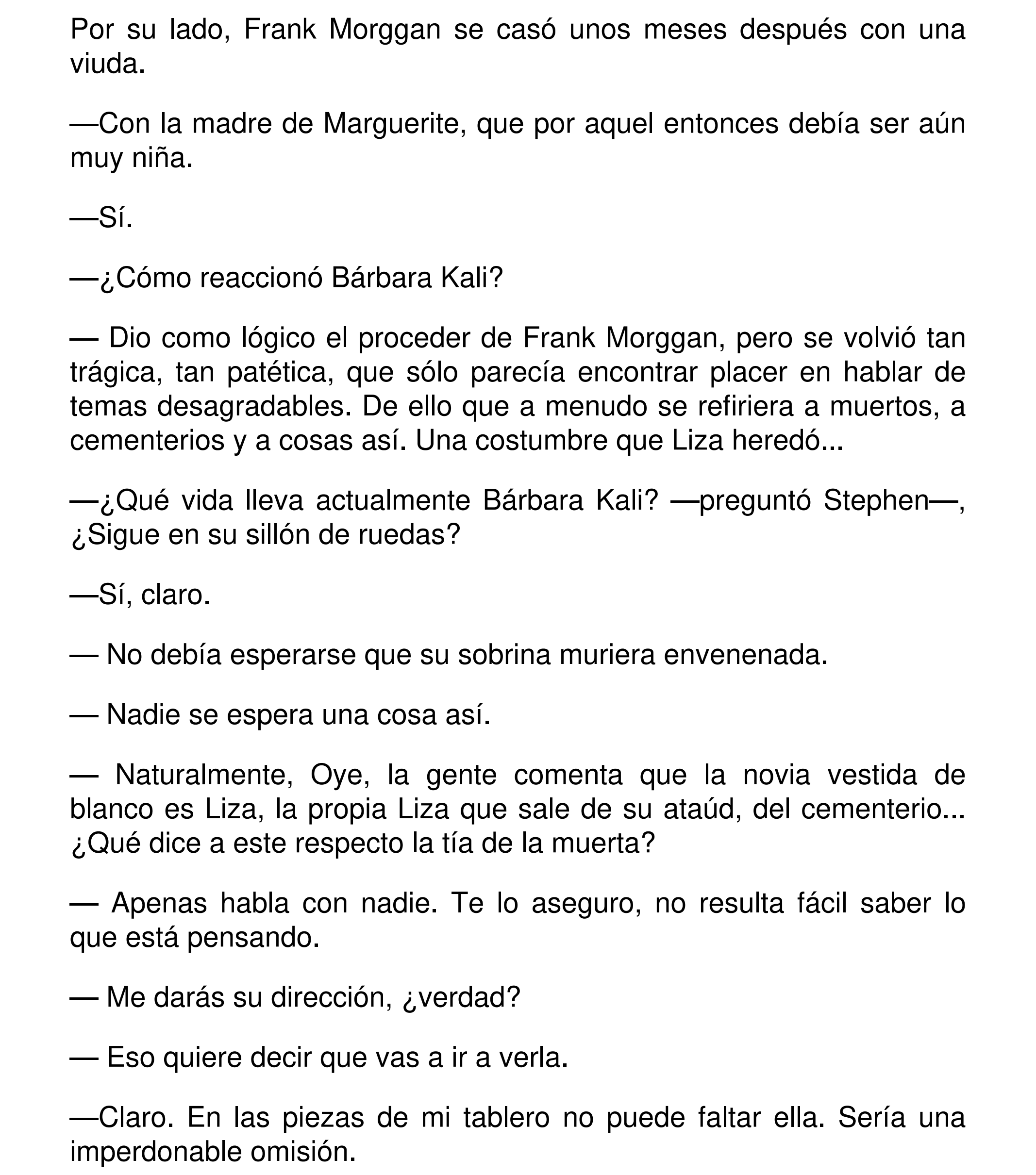
—Pues sí... Oye, ¿acaso estás relacionando una cosa con la otra?

— Hay algo de eso.

—Yo no había pensado en ello.

— Bueno, sigue hablándome de Bárbara Kali.

—A partir del accidente se vio obligada a recurrir a una silla de ruedas —dijo Jeannine—,



Por su lado, Frank Morggan se casó unos meses después con una viuda.

—Con la madre de Marguerite, que por aquel entonces debía ser aún muy niña.

—Sí.

—¿Cómo reaccionó Bárbara Kali?

— Dio como lógico el proceder de Frank Morggan, pero se volvió tan trágica, tan patética, que sólo parecía encontrar placer en hablar de temas desagradables. De ello que a menudo se refiriera a muertos, a cementerios y a cosas así. Una costumbre que Liza heredó...

—¿Qué vida lleva actualmente Bárbara Kali? —preguntó Stephen—, ¿Sigue en su sillón de ruedas?

—Sí, claro.

— No debía esperarse que su sobrina muriera envenenada.

— Nadie se espera una cosa así.

— Naturalmente, Oye, la gente comenta que la novia vestida de blanco es Liza, la propia Liza que sale de su ataúd, del cementerio... ¿Qué dice a este respecto la tía de la muerta?

— Apenas habla con nadie. Te lo aseguro, no resulta fácil saber lo que está pensando.

— Me darás su dirección, ¿verdad?

— Eso quiere decir que vas a ir a verla.

—Claro. En las piezas de mi tablero no puede faltar ella. Sería una imperdonable omisión.

—Si colocas a todos los sospechosos en tu tablero, te va a faltar sitio, te van a faltar cuadros.

— Los apretujaré —bromeó Stephen—, Han de caber hasta que, tras la primera selección, deje en juego sólo a los verdaderamente sospechosos.

CAPITULO VI

Se dirigió al hotel convencido de que aquel día ya no daba más de sí. Las ideas que tenía serían para el siguiente.

No obstante, apenas llegó allí comprendió que estaba en un error. Algo más había sucedido y desde luego no se trataba de ninguna tontería.

Tanto la dueña del hotel, la llamativa, curvilínea y pelirroja Constance, como Rita, la bonita camarera, así como varias personas más, estaban formando un corro, hablando nerviosa y excitadamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Stephen, acercándose.

—Ha actuado de nuevo la novia vestida de blanco... —le hizo saber Constance—. Hay una nueva muchacha con un latigazo en la mejilla izquierda de su rostro.

—¿Felicia...? —inquirió Stephen, pero dándolo por descontado puesto que era ella la actual prometida de Telly Mussell.

—Sí —dijo Constance—. Pero ha sucedido algo más. Y este algo más es lo peor, lo más terrible...

—La abuela de Felicia ha perseguido a ese endemoniado fantasma hasta el interior del cementerio, hasta la misma tumba de Liza —intervino Rita, la bonita camarera, muy abiertos sus ojos—. Allí la han encontrado muerta, sin cabeza... Oh, qué horror da el solo hecho de referirlo...

—Sin cabeza y también sin pies, supongo —repuso Stephen.

—Y sin pies, en efecto —repuso Constance—. ¿Cómo lo sabe usted?

—No lo sabía, simplemente lo he deducido —dijo Stephen. Quien queriendo pensar en todo aquello con un poco de calma, si es que eso era posible, solicitó — : Un whisky doble. Sírvanmelo en el comedor.

Tomó asiento en una de las mesas más apartadas. Quería que no le molestaran para poder hilvanar bien sus ideas.

Pero cuando Rita le sirvió el whisky doble, la muchacha tenía deseos de hablar de todo aquello, así que no perdió la oportunidad de hacerlo.

—¿Sabe lo que pienso yo de todo eso? Pues se lo voy a decir...

Stephen llegó a la conclusión de que ya tenía tiempo de pensar por su cuenta. No, no sería mala cosa que prestara atención a aquella bonita camarera.

—Tu opinión me interesa sobremanera, te lo aseguro —repuso Stephen.

—¿De veras? —se animó Rita.

—Claro que sí.

—Pues bien —dijo ella—, yo pienso que Liza murió y que sigue muerta. Y partiendo de ahí, esa novia vestida de blanco tanto puede ser una mujer como un hombre. ¿Por qué no un hombre? Aunque, claro, podría tratarse de una mujer. ¿De quién? De alguien que no quiere que Telly Mussell se case, esto no es un secreto para nadie. Pero ¿qué motivos llevan e incitan exactamente a esa persona a actuar de un modo tan horrible? Por lo demás, no hay que olvidar que esa persona no se limita a dar un latigazo a sus víctimas... En dos casos concretos, ha hecho algo más. Ha llegado incluso al asesinato... Con un hacha, según asegura el inspector...

—Hay que contar también a la propia Liza, que murió envenenada con bombones a los que se les había inyectado arsénico —hizo constar Stephen,

—Ah, sí, claro —asintió Rita—, Además, en el caso de aquel hombre, que creo que se llamaba Basil, y ahora con la abuela de Felicia, la novia vestida de blanco no se ha limitado a matar. Ha cortado los pies a los que acababa de cortar la cabeza... Espantoso, verdaderamente espantoso...

—Y tanto que sí. Por cierto —terció Stephen—, ¿conoces a la tía de Liza?

—Sí, aunque apenas he hablado con ella alguna vez. Es una mujer muy rara.

—¿Qué tiene de rara?

—Desde que sufrió el accidente y Frank Morggan, su novio, la dejó para casarse con otra... En fin, creo que en cierto modo es comprensible...

—Frank Morggan se casó con una viuda que tenía una hija. Si no me han informado mal... —era un modo como otro de animarla a proseguir, a seguir hablando.

—La niña, entonces sólo era una niña, es Marguerite... —puntualizó la camarera — . Marguerite, la primera e inocente víctima de ese fantasma... Porque para muchos es un fantasma... Pero para mí, ni es Liza, ni es un fantasma, ni es nada que se le parezca. Sin embargo, algo es indudable...

—¿El qué? —preguntó Stephen, aunque se veía venir que Rita acabaría de hablar sin haber dicho nada importante.

—Que aquí, en Middlentton, ninguna muchacha bonita pueda estar segura, sea o no la prometida de Telly Mussell. Menos aún si lo es, por descontado —Rita se inclinó sobre la mesa del apuesto cliente y amplió confidencialmente — ¿Sabe lo que voy a hacer un día de éstos? Voy a irme...

—¿Adónde? —preguntó Stephen.

—A cualquier ciudad importante donde haya más porvenir para una muchacha como yo. Tengo un físico que, modestamente, creo que está bastante bien.

—Tus recursos físicos son muy fácilmente aprovechables, desde luego —afirmó Stephen. Pero no le gustó la idea de que aquella muchacha se echara de cabeza al rio casi sin darse cuenta de lo que hacía, y la previno—: Pero ciertos caminos no son todo lo dorados que parecen a primera vista, por lo que yo te aconsejaría que te lo pensaras dos veces.

—No quiero ser cobarde. Serlo no conduce a nada, sólo a la mediocridad. Como ejemplo, ahí tiene usted a la dueña de esto.

—Constance, una hermosa joven —repuso el detective.

—Salió de aquí cuando aún no tenía dieciocho años. Se fue sin nada, con lo puesto, y ahora es la dueña de este hotel.

—Para conseguir ese dinero, quizá no le resultó todo tan sencillo como a ti te pueda parecer.

—Empezó trabajando, pero aquello no le daba lo suficiente y acabó prostituyéndose — dijo Rita—. ¿Cree que no lo sé? Aquí eso lo sabe todo el mundo. Pero como sea, dese cuenta, ahora es muy rica.

—Es la dueña de este hotel, lo que no está nada mal. Pero de eso a ser muy rica... — objetó.

—De todos modos —dijo Rita—, el hotel es bien suyo y eso es mucho

más de lo que tengo yo.

—Piénsatelo dos veces... —insistió Stephen—. Este empleo tampoco está mal. Pasan forasteros por aquí y algún día, nunca se sabe, a lo mejor alguno te pide que te cases con él y te saca de aquí, que en realidad es lo que estás buscando.

CAPITULO VII

Al día siguiente, Stephen Bribb fue a ver al inspector de policía. Lo consideró esencial. Pero uno tardaba poco en darse cuenta de que el inspector no sabía hacia dónde dirigir sus pesquisas, así que Stephen decidió desenvolverse por su cuenta, como venía haciendo.

Ante todo, tal como tenía decidido, iría al cementerio y hablaría con el sepulturero. Después visitaría a Felicia y luego iría a la casa de Marguerite y de Frank Morggan, su padrastro. Finalmente visitaría a Bárbara Kali, la tía de Liza.

Cuando acabara de hablar con todos ellos posiblemente ya podría sacar alguna que otra conclusión.

Subió a su coche y se dirigió hacia la carretera.

Apenas detuvo el coche ante la puerta principal del cementerio y se adentró en el sagrado recinto, el sepulturero apareció- ante él. No tuvo necesidad de buscarlo.

Era un hombre de mediana edad, más bien delgado, aunque se le veía fuerte.

—¿Desea algo, señor? —le preguntó.

Había comprendido que se trataba de un forastero. Una buena propina no le caería nada mal. Su sueldo era muy exiguo.

Stephen le preguntó por la tumba de Liza.

—La tumba de Liza... —dijo el sepulturero—. Sí, claro... Tenía que haberme imaginado que venía a eso...

—Simple curiosidad —repuso Stephen.

—Una curiosidad muy comprensible, señor. Es realmente horripilante lo que está sucediendo. Yo me estoy llevando unos sustos de muerte.

—¿Quiere decir que ha visto a la novia vestida de blanco...? —le preguntó.

—Sí, en un par de ocasiones. Pero de lejos, perdiéndose entre la oscuridad y la niebla. Sin embargo, lo que he visto de cerca, demasiado de cerca, han sido a sus víctimas... Sin cabeza y sin pies... ¡Pavoroso! ¡Aterrador!

—Sí, claro.

—Sígame, señor. Le conduciré hasta donde desea —y ya allí, ante la tumba de Liza, el sepulturero añadió—: La novia vestida de blanco deja la cabeza y los pies de su víctima sobre la losa de mármol... Como si se tratara de ramos de flores.

—Debe resultar un espectáculo espeluznante.

—Ni que lo diga, señor.

—De todos modos —opinó Stephen tras acercarse y echar un buen vistazo a la susodicha losa de mármol—, esto no lo ha movido nadie desde que fue colocado. De lo que se desprende que ese fantasma, esa visión que aparece y desaparece y que unos y otros contemplan horrorizados, no puede ser la muerta... Aunque tampoco lo sería —puntualizó Stephen—, aunque la losa estuviera fuera de su sitio. Una muerta es una muerta.

—Eso supongo, señor —pero el sepulturero no las tenía todas consigo, esto resultaba más que evidente.

—Dígame, desde que Liza fue enterrada aquí, ¿han venido muchas personas a traerle flores? —preguntó Stephen.

—Sólo una —contestó el sepulturero.

—¿Sólo una...?

— Frank Morggan —le hizo saber.

— El padrastro de una muchacha llamada Marguerite, ¿no es eso? —quiso aclarar. —Sí, el padrastro de la primera muchacha que, por ser la prometida de Telly Mussell,

recibió en el rostro un escalofriante latigazo.

—¿Conoce usted bien a ese hombre?

—Sí.

—¿Qué opina de él?

—Es una excelente persona —aseguró—. Me da muy buenas propinas cada vez que viene por aquí.

Hablaron durante un par de minutos más, pero el sepulturero no dijo nada de importancia. Finalmente, Stephen Bribb le entregó un billete y

se despidió.

Ya se alejaba, cuando el sepulturero lo detuvo tras darse una palmada en la frente.

—Me había olvidado, señor.

—Dígame.

—La señora Mussell vino en una ocasión a poner flores a la tumba de Liza. Puso unas flores preciosas.

Y fue precisamente a ella, a la señora Mussell, a quien Stephen vio al salir del cementerio.

Llegaba andando. Por lo visto le había apetecido hacer un poco de ejercicio.

La señora Mussell, por su parte, no reparó en él y entró en el camposanto. También en esta ocasión llevaba un ramo de flores.

Stephen pensó que, mientras la señora Mussell depositaba las flores en la tumba de Liza y rezaba un par de oraciones, él tendría tiempo de hacer una corta visita a Felicia. Su casa estaba allí mismo, a menos de cien metros.

Instantes después hacía sonar el timbre.

Felicia le abrió la puerta. Llevaba cubierta con gasa y esparadrapos su mejilla izquierda.

Había un gesto de terrible desesperación en aquel rostro que, para siempre, había dejado de ser bonito.

—¿Qué quiere?

—Hacerle una pregunta.

—¿Quién es usted?

—Alguien que quiere ayudarla a averiguar quién es la novia vestida de blanco —el tono de Stephen resultó firme e infundió confianza a la muchacha.

—¿Policía? —preguntó Felicia.

—Algo así.

—Pase...

Entró en la casa.

—¿Qué pregunta es ésa? —le apremió Felicia—. Compréndame, no estoy para muchas conversaciones. Yo... yo... —y se llevó la mano a la mejilla—, Y mi abuela está muerta... — Me hago cargo. No la molestaré mucho. Dígame simplemente si ha recibido la llamada telefónica... Me refiero a esa llamada que tuvo Marguerite y también tuvieron las otras muchachas...

—No —contestó Felicia — . El teléfono no ha sonado desde ayer noche...

Sonó en aquel preciso instante. Felicia se quedó envarada, rígida. Como una momia petrificada.

—Conteste —dijo Stephen—, pero déjeme que yo también acerque mi oído al auricular. Me gustaría saber —añadió— qué clase de voz tiene esa novia vestida de blanco.

Felicia seguía envarada, rígida. Sí, no cabe dudarlo, como una momia petrificada. —Ande, responda —insistió Stephen.

Felicia se decidió a obedecer, si bien lo hizo con un temblor casi epiléptico en todo su cuerpo.

—Diga.

—Soy yo... —repuso una voz rasposa, ronca, arañada, que de humana no parecía no tener mucho—. Nos vimos ayer noche... Te dejé un recuerdo mío, para que no me olvides... Supongo que lo habrás comprendido perfectamente. No quiero que nadie, ¡nadie!, se case con Telly Mussell. No te he telefoneado hasta ahora —añadió la voz— porque me ha faltado la ocasión de hacerlo.

Felicia colgó el auricular con tan pocas fuerzas que Stephen tuvo que ayudarla a colocarlo en la horquilla.

—Una voz muy indefinida, sumamente imprecisa y ambigua —opinó Stephen—, No es fácil saber si corresponde a un hombre o a una mujer,.,

—Mucho me temo que no.

—Dígame, ¿no distinguió el rostro a través del velo de novia? ¿No pudo ver nada, absolutamente nada?

—De haberlo visto —repuso Felicia—, ¿a qué cree que esperaría para

decírselo al inspector de policía? Me ha desfigurado para toda la vida.

—Sí, claro —asintió Stephen—, De todos modos, quizá en el momento menos esperado recuerde un gesto, un detalle, algo que le haga sospechar de alguien. En ese caso, se lo ruego, llámeme al hotel y póngase en contacto conmigo. Mi nombre es Bribb... Stephen Bribb...

—Bueno —se limitó a decir Felicia.

Al salir de la casa, el detective se dirigió de nuevo hacia el cementerio. Allí se quedó, junto a la puerta, esperando.

No tardó en salir la persona que esperaba.

—Buenos días, señora Mussell.

—Buenos días —contestó la dama. Añadió—: Sabía que lo encontraría. Ya estaba dentro del cementerio cuando he caído en la cuenta de que acababa de ver detenido su coche. Por cierto... —estaba más amable y cordial que en la última entrevista—, le he pedido permiso al sepulturero para hacer desde aquí, desde el cementerio, una llamada telefónica...

—¿Cómo, usted acaba de hacer una llamada telefónica? —y Stephen, tras su momentánea sorpresa, volvió a mostrarse natural.

—Sí, he llamado a mi hijo. Siempre que actúa la novia vestida de blanco cae en una profunda depresión de la que sólo se recupera, finalmente, cogiendo el coche y dándole al acelerador. Y yo siempre temo que pueda sucederle algo. Por eso, ahora, al verle a usted le he telefoneado a él...

— No comprendo —dijo Stephen.

—Quisiera que usted le hablara, que usted le hiciera comprender que yo no soy la culpable de lo que sucede...

—¿Por qué iba a ser usted ¡a culpable? —preguntó Stephen.

— Mi hijo, a veces, me echa en cara el empeño que tengo en verlo casado. Un empeño quizá excesivo, desmesurado, me hago cargo. Pero estoy enferma del corazón, no creo que me quede vida para mucho y quisiera que mis últimos días se vieran alegrados por las risas de un niño... Tal vez esté pecando de egoísta, de exigente, pero...

— La llevo en mi coche hasta su casa, ¿le parece? —le propuso Stephen—. Por el camino podemos hablar.

— Me parece muy bien. Gracias.

Ya en el interior del coche, ya camino de Middlentton, Stephen había de decir:

—O sea que su hijo, de alguna forma, le reprocha a usted su empeño en verlo casado...

—Y bien mirado —dijo la señora Mussell—, a mi hijo no le falta cierta razón. Si yo no me hubiera dejado llevar por mi carácter autoritario y dominante, no habría formalizado tantos noviazgos y en buena lógica, claro, no habrían habido tantas víctimas... Víctimas que están acomplejando y condicionando la vida de mi hijo y también la mía. Por lo que a mí respecta, lo confieso, ya ni sé lo que deseo...

— Me hago cargo —dijo Stephen.

—Pero sí sé lo que deseo —corrigió la señora Mussell—, Deseo que mi hijo comprenda que no debe reprocharme nada. Que ande suelta esa incomprensible e insólita novia vestida de blanco...

—De la que usted opina, ¿qué en concreto? —acababa de interrumpir a la señora Mussell.

— He llegado a la conclusión de que quien envenenó a Liza es la misma persona que ahora se disfraza de novia. Pensar otra cosa sería divagar. Porque sí —se reafirmó en sus propios pensamientos—, he divagado cada vez que he dicho que recordar a mi hijo besando a Liza era como recordarle besando a la Muerte... Aunque de tanto darle vueltas a todo este asunto —agregó la señora Mussell—, a veces ya ni sé los disparates que pienso. Debo reconocerlo así.

— No me extraña.

— Hablará con mi hijo, ¿verdad? —debía ser aquélla de las pocas veces que la señora Mussell pedía algo a alguien.

— Estoy a su disposición. Pero ¿por qué me elige a mí para ese cometido? —y había de añadir—: Apenas nos conocemos.

— Se nota que es usted un joven inteligente —contestó la señora Mussell— y sé que puedo pedirle que intervenga con acierto, con tacto. Con franqueza, en Middlentton no abundan las personas así.

— Haré lo que pueda —aseguró Stephen.

CAPITULO VIII

Los hechos acaecidos últimamente hablan sido la gota que faltaba. Telly Mussell sufría un auténtico trauma.

Stephen se esforzó por sacarle de su depresión, aprovechando la ocasión, por lo demás, para asegurarle que ni él, ni su madre, tenían la menor culpa de lo que estaba sucediendo.

—¿Le ha traído mi madre para eso? —preguntó Telly.

—¿Y aunque así fuera...? —intervino la señora Mussell—, Hazte cargo, me entristece enormemente verte así.

—No puedo menos que pensar, y tú lo sabes —dijo Telly, y se acercó al mueble bar, sirviéndose una considerable cantidad de brandy—, que si tú no te hubieras empeñado tanto en que me casara, en que buscara una novia tras otra...

—Se hubieran evitado sin duda muchas desgracias, sí, lo admito... —repuso la señora Mussell—. Pero yo no podía imaginarme que alguien intentase, de un modo tan horrible, tan espantoso, que tú no te casaras...

—Hace ya tiempo que sabes —observó Telly— que esa persona pretende eso y que actúa en consecuencia.

—Quería creer —repuso la señora Mussell— que esa persona dejaría de actuar... Pero ya veo que he pecado de optimista, así que estoy dispuesta, mientras no queden debidamente esclarecidos los hechos, a cejar de pleno en mis pretensiones. Puedes seguir soltero y sin compromiso. Yo no he de decirte nada.

Stephen quedó pendiente de la respuesta del guapo y rubio Telly Mussell,

—Tu prudencia llega en un momento que no encaja...

—¿Qué quieres decir? —preguntó la señora Mussell.

—Por primera vez en mi vida —dijo Telly— he conocido a una muchacha que me gusta de verdad. A las otras —aclaró— las pedía en matrimonio porque a ti te parecía bien, sólo por eso... Aunque luego empezaras a sacarles defectos y a decir que yo me merecía algo mejor. En fin, que ahora es diferente. Soy yo el verdaderamente

interesado.

—Se tratará de una muchacha decente, honrada, ¿verdad? —se sobresaltó la señora Mussell,

—Sí —dijo Telly.

—Sabes de sobra lo muy exigente que soy en este sentido —le recordó—. No transigiría...

Volvía a ser la mujer autoritaria, dominante. Volvía a serlo con todos sus acostumbrados arrestos.

—Es una buena chica, puedes estar tranquila —Telly se había bebido todo el brandy que poco antes había vertido en su copa—, y pienso pedirle que se case conmigo. Pero, si acepta, ¿correrá la misma suerte que las demás? —hizo un gesto de impotente desesperación —. Me estremezco sólo de pensarlo...

—Si no le declaras tus sentimientos hasta después de que la policía averigüe... — empezó a decir la señora Mussell.

—Otro hombre, mientras tanto, podría llevársela —contestó Telly—. Oh, no puedo hacer lo que me aconsejas... —hubo un énfasis repentino en sus palabras.

—Está claro —repuso la señora Mussell—, ahora eres tú el empeñado en casarte. ¿Quién es ella?

Stephen se vio venir la respuesta.

—Se llama Jeannine. —Y tras pronunciar el nombre de la muchacha, Telly Mussell añadió—: Daría cualquier cosa porque el inspector detuviera de una vez a Marion...

—¿Usted cree —Stephen no se dejó pasar la oportunidad de intervenir de nuevo— que Marion Sidney es...?

—Sí —afirmó Telly—, para mí es ella la loca. ¡Sí, la loca —exclamó—, porque forzosamente tiene que estar mal de la cabeza una mujer obsesionada con la idea de que yo no me case!

—¿La mujer...? —inquirió Stephen — . ¿Y si en lugar de ser una mujer se tratara de un hombre? ¿No se le ha ocurrido pensarlo?

—¿Un hombre? —se habla quedado perplejo—. No, no se me había ocurrido pensarlo —reconoció.

—Pues todo es posible —dijo Stephen.

—De cualquier manera —repuso la señora Mussell—, no creo que el inspector tarde en desenmascarar a la culpable, o al culpable. Son ya demasiados crímenes. Son ya demasiadas muchachas desfiguradas para siempre.

* * *

Stephen salió a la calle luego de cruzar unas cuantas palabras con la llamativa, curvilínea y pelirroja Constance.

Rita, por su parte, acababa de decirle:

—Los martes y los viernes, sin excepción, coge el coche y se va... —se había referido a Constance—, Según dice ella, siempre con el mismo hombre... Pero, bueno, desde que ha llegado usted me parece que está pensando en variar.

Stephen opinaba que las miradas de Constance no eran para hacerse excesivas ilusiones. El entendía de eso. Pero, en fin, no había ido a Middlentton a ligar. Cada cosa en su momento y a su debido tiempo.

Así que salió del hotel, subió a su coche y se dirigió a la casa de Frank Morggan. Una casa de apariencia sencilla, pero agradable, a cuya puerta llamó pocos instantes después.

—¿Qué desea? —se lo preguntó un hombre de unos cincuenta años, de fuerte complexión.

—Hablar con Marguerite.

—Soy su padrastro. Dígame qué desea.

—Hablar con ella de la novia vestida de blanco —dijo Stephen—, Soy periodista, ¿sabe?, y me han enviado aquí para...

— Para hacer un buen reportaje, ¿no es eso? —ironizó—. Pues la idea no me gusta, en absoluto. Así que ya lo sabe.

— Hablando con ella —repuso Stephen— quizá yo llegara a alguna deducción válida... Válida para desenmascarar al culpable. Considere esa posibilidad, se lo ruego, y permítame...

— Bueno —cedió Frank Morggan, que por lo visto no era tan mal encarado como pudiera parecer a primera vista—, entre usted.

—¿Quién es? —se oyó preguntar a una voz de mujer.

— Un periodista —comunicó Frank Morggan—, Viene a...

La muchacha acababa de ver a Stephen.

— Nos conocemos ya —repuso, y echó hacia adelante su larga cabellera oscura, por lo que quedó totalmente oculta la parte izquierda de su rostro—. Nos vimos cerca del cementerio, ¿no lo recuerda? Usted me preguntó si la siguiente localidad era Middlentton.

— Me acuerdo de usted —dijo Stephen—. Claro que sí.

— El aire se llevó hacia atrás mi cabello y le asusté con la cicatriz de mi rostro. Sí, es lógico que me recuerde —y hubo una indecible amargura en el tono de su voz—. Siéntese, por favor.

—Gracias.

La siguiente conversación no aportó datos a considerar. Tanto lo que dijo Marguerite, como su padrastro, fue un simple y mero rememorar los hechos.

Al menos fue así hasta que Frank Morggan dijo que los cigarrillos se le habían acabado y que iba a buscarlos a su habitación.

—Tome uno de éstos —Stephen le ofreció uno de los suyos.

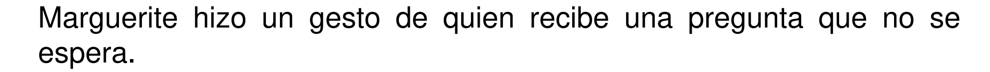
— Prefiero los míos —dijo Morggan—. Gracias de todos modos.

Y se fue de la sala de estar, dejándolos solos. Que era de lo que se trataba, saltaba a la vista.

La propia Marguerite lo hizo constar así.

—Se ha ido para que usted y yo hablemos más libremente, con más comodidad. Pero yo por mi parte no tengo nada que añadir, se lo aseguro. A no ser que desee decirle a usted, para que no haya malos entendidos, que mi padrastro es una buena persona, y que me quiere y se preocupa de mí como si yo fuera su verdadera hija.

Como si tales razonamientos no hubieran terminado de convencerlo, o como si, en todo caso, quisiera profundizar un poco más en el tema, Stephen preguntó seguidamente: —¿Fue feliz su madre casándose con el que ahora es su padrastro?



Marguerite hizo un gesto de quien recibe una pregunta que no se espera.

—Pues... pues... —no respondió otra cosa.

—Debo entender que no fueron enteramente felices, ¿no es eso?

—Sí, sí —aseguró ahora Marguerite—, fueron felices. Só lo que...

—¿Qué?

—Estaba Bárbara Kali entre ellos. Me refiero a la otra novia que él tuvo... No sé cómo explicárselo, pero lo cierto es que no conseguían, ni uno ni el otro, sacudirse de encima el recuerdo de la infeliz inválida... Pero eso no tiene nada que ver —añadió la muchacha —con el motivo de su visita a esta casa...

—No, claro que no —se apresuró a decir Stephen.

Frank Morggan estaba ya de regreso, con la cajetilla de cigarrillos en las manos. —Bueno, no les molesto más —dijo Stephen—. Les quedo muy agradecido por haberme atendido.

—Vuelva si lo desea —repuso Frank Morggan.

Stephen salió de allí, diciéndose que ya sólo le faltaba conocer a Bárbara Kali. Se encaminó, pues, a donde vivía. No cogió el coche porque la casa de Bárbara Kali se hallaba a menos de tres manzanas de aquel lugar.

Aquella casa era muy parecida a las colindantes. Tanto que costaba diferenciarlas.

Cuando llamó a la puerta, lo hizo esperando que tardaran en abrirle. Si había de ser la propia Bárbara Kali quien respondiera a su llamada y si iba en su sillón de ruedas, lo lógico parecía ser que tardara en ser atendido.

Pero la puerta se abrió con suma rapidez y Bárbara Kali, la persona que acababa de franquearle la entrada, le dijo desde su sillón de ruedas:

—Pase usted, señor Bribb.

Era una mujer delgada, más bien seca. Se cubría las piernas con un chal. Sus ojos tenían una expresión tan trágica que el alma se encogía al mirarla.

—No creía que supiera quién soy —repuso Stephen.

—Sé que es periodista o que al menos dice serlo —repuso ella—. Sé que ha venido por el asunto de la novia vestida de blanco... Pase usted... Tal vez lo que yo le diga pueda servirle de algo...

—Es usted muy amable.

—No se trata de amabilidad —dijo Bárbara Kali, ya ambos en el interior de la casa — . Se trata de que mi sobrina murió envenenada y de que el inspector de policía no dio con el culpable... Pienso que usted, quizá, pueda lograr algo más... No me hago ilusiones, pero...

—Si pudiera facilitarme algún pormenor, por insignificante que fuera... —empezó a decir Stephen—, tal vez eso resultara suficiente.

—Sucedió el mismo día de su boda, usted ya debe saberlo. Liza estaba vestida con su traje de novia... Llamaron a la puerta y yo fui a abrir. No, no vi a nadie... Pero en el suelo habían dejado una espléndida caja de bombones. Supuse que el dependiente de la pastelería debía haber llamado otra vez, sin que yo le oyera, y que debía haberse decidido a dejar allí el obsequio de alguien. Bueno, yo me limité a coger la caja de bombones y a decir a mi sobrina Liza que alguien se había acordado de lo muy golosa que era. Yo creía —añadió Bárbara Kali— que Liza no abriría la caja. Sin embargo, lo hizo, y comió tres bombones. Resultó que estaban envenenados con arsénico.

Stephen no dijo nada. Esperó a que la mujer prosiguiera. Iba a hacerlo de un momento a otro, pues ya movía los labios.

—A partir de entonces surge esa novia vestida de blanco. Se trata de un vestido idéntico al que llevaba mi sobrina, por lo que más de una persona dice que debe tratarse de ella, de la propia Liza... ¡Qué estupidez! Sin embargo, es un hecho real y concreto que esa novia aparece y desaparece y que desfigura el rostro de las muchachas prometidas en matrimonio a Telly Mussell. Y no sólo recurre a un látigo, sino que también utiliza un hacha... Como en su día utilizó el veneno. Estamos ante un ser que no vacila en salirse con la suya y que emplea todos los métodos que se le antojan viables.

—De esto no cabe la menor duda. Pero, dígame, ¿usted de quién sospecha?

—De nadie —reconoció Bárbara Kali.

—Alguien asegura que Marion Sidney...

—Esa muchacha muda es una pobre infeliz —afirmó—. No comprendo cómo se pueda llegar a desconfiar de una chica como ella. Si basta mirarla, tiene cara de ángel.

—Dígame —insistió Stephen—, y perdóneme la indiscreción, ¿su sobrina Liza iba a casarse muy enamorada?

—Telly Mussell es un tipo guapo y además es hijo único, lo que equivale a decir que toda la fortuna de su madre será para él. Es un partido excelente.

—Aún no ha respondido a mi pregunta... —se permitió decirle.

—No, no iba a casarse muy enamorada —reconoció Bárbara Kali—. Por culpa de la madre...

—¿Le pasa algo malo a esa señora?

—Es muy autoritaria, excesivamente dominante. Y como sea que Liza no tenia el temperamento todo lo sumiso que parecía, el choque entre ambas resultaba inevitable. Del temperamento de Liza, la culpa la tenía yo. Sí, yo, porque la eduqué para que no se dejara amilanar por nadie. A mí la vida me había pegado muy duro y...

—Sí, ya sé su triste historia —asintió Stephen—. Por lo que me permito hacerle una nueva pregunta: ¿Qué clase de persona es Frank Morggan? Nadie mejor que usted para responderme.

Stephen se esperaba que el resquemor, como mínimo, anidara en el corazón de aquella mujer.

No era así. No había resquemor en ella. Por lo menos sus palabras no demostraron nada parecido.

—Nadie le dirá que sea malo, porque no lo es, nunca lo ha sido. A pesar de eso muchos creen que él tuvo la culpa de que mi vida quedara destrozada. Pero a mí la vida no me la destrozó él, sino el accidente que sufrí. Es bien cierto que me dejó por otra, que se casó con otra, ya lo sé... —admitió—, pero era natural que fuera así. Por lo demás, Frank Morggan se quedó lleno de remordimientos al prescindir de mí. Unos remordimientos que, lo sé, aún no ha conseguido sacarse de encima. Por eso, sin necesidad de que yo se lo pida —añadió Bárbara Kali—, a veces hace cosas que sabe que yo desearía que hiciera. Por ejemplo, llevar flores a la tumba de Liza. Yo no puedo hacerlo, ya ve usted en qué condiciones me encuentro, y él... —no acabó la frase porque un sollozo le subió por la garganta.

Stephen aún estuvo en aquella casa un rato más. Finalmente, tendió la mano a la mujer, asegurándole:

—No me iré de Middlentton sin desenmascarar al culpable, se lo aseguro.

CAPITULO IX

Jeannine debía estar esperándolo desde hacía rato, de ello que Stephen apresurara el paso.

Ya era de noche, y además había mucha niebla. Tenía ganas de llegar al callejón, subir la escalera de la casa y entrar en el piso de la muchacha.

Pero ya en el callejón, aún más oscuro y más lleno de niebla que la otra calle por la que hasta entonces había avanzado a largas zancadas, Stephen pisó la placa de hierro que había apenas a unos metros de la entrada de la casa. La placa de hierro que daba acceso a la alcantarilla.

Bueno, eso de que la pisó es en sentido figurado, hipotético, porque en realidad alguien se había tomado la molestia de quitarla.

Así que Stephen pisó en el vacío y se fue abajo sin contemplaciones. No llegó a tiempo de sujetarse al borde del agujero, los dedos se le escurrieron por poco.

No cayó precisamente en una buena postura y se torció un tobillo, aunque no se rompió ningún hueso, lo que ya era algo.

Lo más desagradable del caso era, sin embargo, que si le había sucedido aquello era porque la trampa le había sido especialmente dedicada. Y siendo así, hubiera sido absurdo suponer que todo iba a limitarse a una caída más o menos afortunada.

No tuvo tiempo de reflexionar, ni tan siquiera de sopesar los pros y los contras de aquella situación. Oyó que un ser humano se movía cerca de él, que algo era alzado en el aire y al instante su cuerpo sufrió una sacudida ante el terrible latigazo que recibió.

La oscuridad, allí dentro, en el interior de la alcantarilla, era intensísima. Stephen no veía nada. Absolutamente nada.

Posiblemente vería algo su adversario. El debía hacer rato que permanecía allí dentro, por lo que sus pupilas se habrían habituado a las sombras.

Recibió otro latigazo, aún más furioso, violento e implacable que el primero. Este segundo latigazo le rasgó la americana, llegándole hasta la piel.

Stephen antepuso el brazo izquierdo, doblado, ante su rostro, y se dispuso a hacer frente, en la medida de lo posible, a su agresivo adversario. Lo que no iba a resultarle sencillo, pues el tobillo se le había torcido y eso no le facilitaba las cosas.

Un tercer latigazo se enroscó furiosamente a su cuerpo y casi le hizo lanzar un grito de dolor. Pero no, no gritó. Le bastó con morderse los labios.

Su adversario, o adversaria, que no podía estar seguro de quién le hacía aquella jugarreta, se detuvo unos instantes. Tal vez pretendiendo dar tiempo para que el miedo se le enroscara al cuerpo como un latigazo más.

Pero Stephen sabía que podía esperar mucho de sí mismo, de su fuerza, de sus reflejos, y de su capacidad de resistencia al desasosiego, al temor y al miedo propiamente dicho.

El látigo volvió a actuar de un modo iracundo, frenético, exasperado. Y Stephen, hasta saber exactamente cómo le respondía el tobillo, no lo tuvo nada sencillo. De ello que se limitara a cubrirse, a ponerse a la defensiva.

Pero así que se convenció de que estaba en condiciones de acometer a su vez, optó por hacerlo. No podía seguir soportando aquellos latigazos furiosos, irascibles, verdaderamente implacables.

Se preparó.

Un nuevo latigazo no tardaría en llegar.

En efecto, acababa de recibirlo...

Apretó los labios conteniendo el dolor que cada vez resultaba más insoportable, y agarró el látigo. Mejor o peor, como pudo, pero lo agarró. Una vez hecho esto, estiró con fuerza y atrajo hacia sí a la persona que parecía empeñada en dejarle fuera de combate.

Pero seguía imperando la oscuridad en el interior de la alcantarilla, asi que no pudo percatarse de quién era la persona que se hallaba ya muy cerca de él.

Sin embargo, vio...

Vio cómo su adversario alzaba algo en el aire.

¡Era un hacha!

¡Un hacha de reluciente filo, que ya estaba descargando sobre él un golpe que, estaba claro, pretendía ser mortal!

* * *

Marion Sidney sintió un ramalazo de miedo recorriéndole el cuerpo de arriba abajo. Un ramalazo más.

Desde hacía un rato, tenía la sensación de que iban a matarla. Y era la suya una sensación tan intensa, tan viva, tan terriblemente hiriente, que hasta la respiración se le cortaba.

Se dirigió a la puerta de la tienda, a la puerta que daba a la calle, y se aseguró de que estaba bien cerrada. Lo que la hizo tranquilizarse algo, pues ya era de noche y estaba sola.

Se lo pensó un poco y decidió hacer algo efectivo. No podía seguir con aquella apabullante sensación de miedo. No podía seguir como si nada, como si tal cosa.

Así que cogió un papel y escribió:

«Sr, Bribb:

»No fui sincera con usted, y ahora voy a reparar mi error. Quiero creer que no sea demasiado tarde.

»En efecto, tenía usted razón, no cosí un traje de novia, sino dos. Exactamente iguales, pues así me lo solicitó la persona que me hizo el encargo.

»No puedo decirle qué persona fue ésa. No lo sé. Sólo puedo poner en su conocimiento que el encargo lo recibí por carta. Una carta en cuyo interior encontré varios billetes. Más, mucho más de lo que yo nunca había cobrado por coser un vestido. Además, en la posdata se me hacía saber que en el lugar y en el momento que entregaría el vestido ya debidamente confeccionado —el lugar y el momento se me indicaban con toda claridad y exactitud— recibiría otra cantidad análoga de dinero.

»Por todo ello, hágase cargo, decidí hacer lo que se me pedía.

»Se me exigía silencio, una discreción absoluta, y por descontado destruir la carta recibida. Así lo hice. No podía suponer que se tratara

de nada malo.

»Ya confeccionado el vestido de novia, salí de la tienda, cogí el autocar de línea y me apeé en el sitio que se me había señalado.

»Dejé el vestido junto a un mojón de la carretera, donde debía hacerlo. Allí encontré un sobre con el dinero prometido.

»La persona que me había hecho el encargo debió pasar por el mismo lugar, poco después, recogiendo el vestido.

»He querido que lo supiera, señor Bribb. Comprendo que callando no he procedido como era mi obligación. Además, que ahora tengo la inquietante y angustiosa sensación de que van a matarme.

«Ayúdeme, por favor.

»Marion Sidney.»

Tras la firma, la muchacha buscó un sobre y puso en él la dirección del hotel y el nombre del joven alto y atlético que ella creía que era un simple periodista.

Ya el sobre cerrado, Marion Sidney se decidió a salir. Desde luego, tomó muchas precauciones antes de abrir la puerta que daba a la calle, pues no quería que nadie pudiera sorprenderla desagradablemente.

Ya en la acera de la calle, se dirigió a la casa de al lado. Allí vivía un matrimonio con un niño de unos doce años.

Le pidió a éste que llevara el sobre al hotel y le dio una moneda para agradecerle el favor. Se hizo entender sobrada mente por señas.

Acto seguido, Marion Sidney volvió a refugiarse en su tienda, en su casa.

Hecho lo cual se sintió mucho más tranquila. Sabía que antes o después, Stephen Bribb acudiría a tenderle una mano.

Hasta ese momento, a ella sólo le correspondería hacer una cosa. No abrir la puerta a nadie.

CAPITULO X

Stephen había visto caer sobre sí la cortante hoja del hacha, pero consiguió echarse rápidamente hacia un lado y esquivó el golpe, aunque sólo por unos centímetros.

Su enemigo, o enemiga, que aquello seguía tan oscuro como boca de lobo, y era imposible saber de qué iba exactamente la cosa, se decidió a atacar de nuevo.

Y parecía tener todas las ventajas a su favor.

Pero Stephen, demostrándole que era algo más que un simple e inofensivo periodista, acudió en busca de su automática y disparó sin andarse con miramientos.

¿Dio a su adversario? Le pareció que un sonido inarticulado salía de su garganta, por lo que dedujo que sí. Pero no podía estar seguro.

Pero sí, lo estaba. Le había dado.

De cualquier forma, su contrincante debió comprender que el asunto se le había complicado mucho más de lo previsible. Y optó por desaparecer de escena antes de que Stephen, a su vez, se habituara a la oscuridad.

De ello, que Stephen oyera unos pasos que se alejaban. Sin duda hacia otro lado de la alcantarilla donde debía tener ya preparada otra salida.

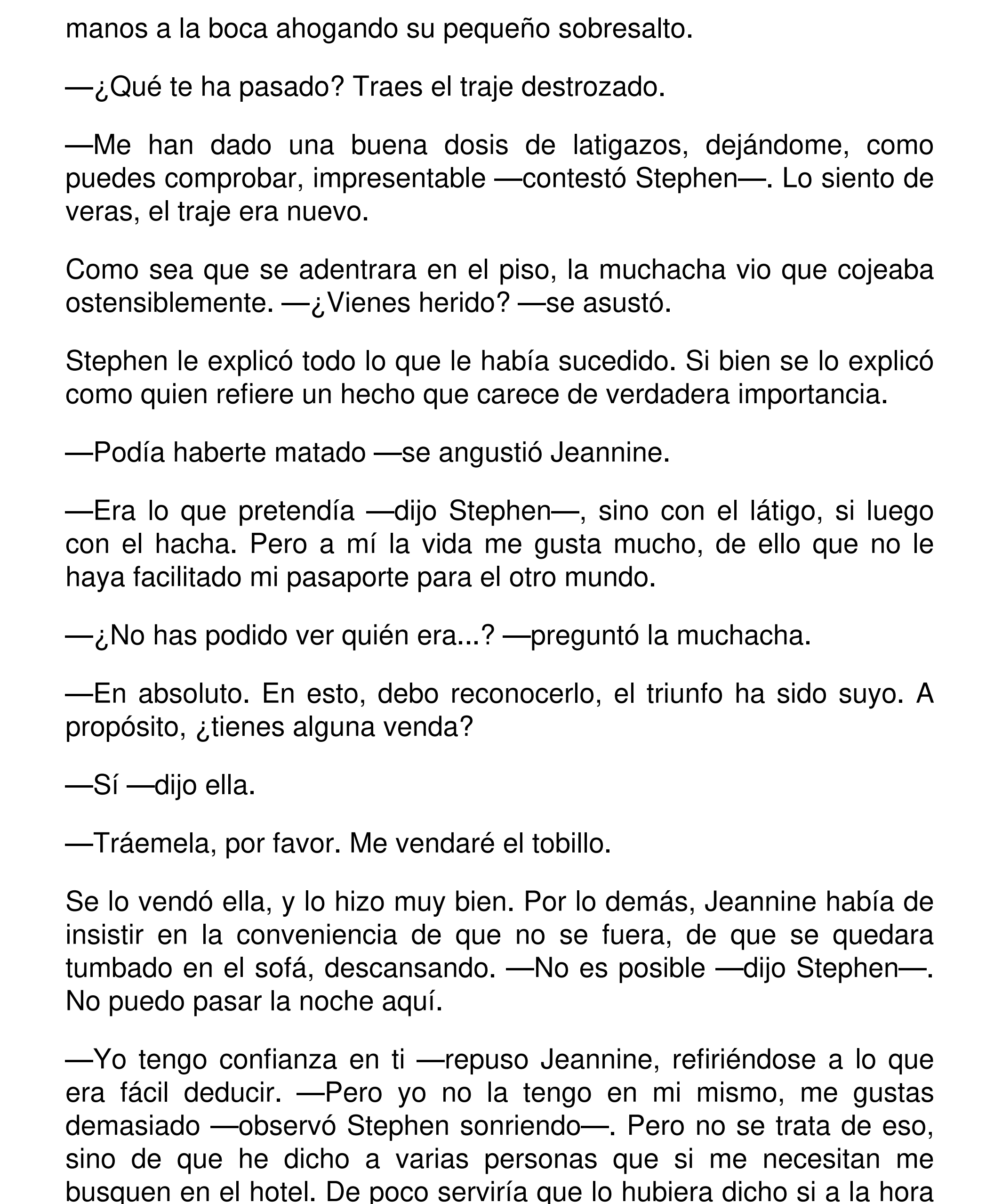
A no ser por el tobillo, lo hubiera perseguido. Lo hubiera hecho a pesar de la escalofriante tanda de latigazos que había recibido, dejándole medio maltrecho.

Sin embargo, con el tobillo en tales condiciones lo mejor que podía hacer era salir de allí y no buscarse, de momento, más complicaciones. Ya había tenido bastantes.

Unos minutos después salía a la calle y volvía a colocar en su sitio la placa de hierro que taponaba la abertura de la alcantarilla. Y todo quedó como si nada hubiera pasado.

Luego entró en la casa donde vivía Jeannine, subiendo la escalera. Aunque en esta ocasión no la subió en un santiamén.

Así que hizo sonar el timbre y la puerta se abrió, Jeannine se llevó las



manos a la boca ahogando su pequeño sobresalto.

—¿Qué te ha pasado? Traes el traje destrozado.

—Me han dado una buena dosis de latigazos, dejándome, como puedes comprobar, impresentable —contestó Stephen—. Lo siento de veras, el traje era nuevo.

Como sea que se adentrara en el piso, la muchacha vio que cojeaba ostensiblemente. —¿Vienes herido? —se asustó.

Stephen le explicó todo lo que le había sucedido. Si bien se lo explicó como quien refiere un hecho que carece de verdadera importancia.

—Podía haberte matado —se angustió Jeannine.

—Era lo que pretendía —dijo Stephen—, sino con el látigo, si luego con el hacha. Pero a mí la vida me gusta mucho, de ello que no le haya facilitado mi pasaporte para el otro mundo.

—¿No has podido ver quién era...? —preguntó la muchacha.

—En absoluto. En esto, debo reconocerlo, el triunfo ha sido suyo. A propósito, ¿tienes alguna venda?

—Sí —dijo ella.

—Tráemela, por favor. Me vendaré el tobillo.

Se lo vendó ella, y lo hizo muy bien. Por lo demás, Jeannine había de insistir en la conveniencia de que no se fuera, de que se quedara tumbado en el sofá, descansando. —No es posible —dijo Stephen—. No puedo pasar la noche aquí.

—Yo tengo confianza en ti —repuso Jeannine, refiriéndose a lo que era fácil deducir. —Pero yo no la tengo en mi mismo, me gustas demasiado —observó Stephen sonriendo—. Pero no se trata de eso, sino de que he dicho a varias personas que si me necesitan me busquen en el hotel. De poco serviría que lo hubiera dicho si a la hora de buscarme no me encontraran.

—Comprendo —se hizo cargo Jeannine—. De todos modos, aún puedes estar un poco aquí conmigo, ¿verdad?

—Sí.

—Te serviré un whisky.

—Doble, si no te importa —dijo Stephen—. Reponer fuer zas no me vendrá nada mal. —Aquí lo tienes —se lo ofreció poco después.

—Siéntate a mi lado —Stephen, cogiendo a la muchacha de una mano, la atrajo suavemente hacia el sofá — . Y dame un beso... Un poco más y me matan sin haberte podido decir...

—¿El qué? —preguntó Jeannine con la mirada ilusionada.

—Bueno —terció Stephen, medio bromeando—, como no me han matado te lo diré en otra ocasión más propicia. Ahora prefiero que nos besemos.

—Sí, Stephen.

Ella se abandonó a las caricias del hombre joven, alto, ancho de hombros y de tórax, del que se sentía enamorada.

Por su parte, a él le faltó poco para olvidarse de todo. Absolutamente de todo.

No obstante, era un profesional, siempre competente y eficaz, que anteponía, le gustara o no, su obligación a cualquier otro deseo o apetencia.

Así que terminó diciendo:

—Debo irme, Jeannine.

—Sí, Stephen —asintió ella.

* * *

Era ya muy tarde cuando llegó al hotel. De ello que la cena hubiera sido servida hacía ya rato.

Pero Rita estaba esperándole, así que, apenas le vio llegar, se acercó a atenderle con su mejor buena disposición.

—Para cenar me bastará un bocadillo —le dijo Stephen.

—¿De jamón? ¿De queso? —preguntó Rita — . ¿De qué lo desea, señor Bribb?

Antes de que respondiera, la llamativa y pelirroja Constance, que se

hallaba tras el mostrador de recepción, le comunicó:

—Señor Bribb, han traído una carta para usted.

—¿Para mí? —se sorprendió.

—Sí, sí —y se la entregó. Había de añadir—: No trae remitente.

Cuando Stephen abrió el sobre y leyó su contenido, se dirigió a Rita y le dijo que se comería el bocadillo en otro momento. Tenía que salir inmediatamente.

Fue entonces, cuando ya salía del hotel, cuando Constance, y asimismo Rita, repararon en que el joven cojeaba.

Ya en la calle, cargada de oscuridad y de niebla, Stephen miró a un lado y al otro. No era cosa de que volvieran a cogerlo desprevenido.

Por eso, tras mirar a derecha e izquierda, vio que algo, cerca de allí, se movía de manera sospechosa.

Pero pronto se dio cuenta de que ese algo era Jeannine. Ni más ni menos.

—¿Qué haces aquí?

—Te he seguido —reconoció la muchacha—. El tobillo podía estar doliéndote más de lo que me decías. Iba a irme ya cuando te he visto leer esa carta.

—Alguien está necesitando de mí —repuso Stephen—. De bo ir a su encuentro.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó ella.

—Sí —afirmó Stephen.

Subieron al coche. La casa de Marion Sidney no estaba muy lejos, pero así llegarían antes.

Stephen iba decidido a preguntar a la muchacha muda qué autocar de línea cogió, en qué parada se apeó y junto a qué mojón de la carretera dejó el paquete con el vestido blanco de novia. De sus respuestas, sin duda, podría sacar conclusiones importantes. Conclusiones que le llevarían de una vez hacia la pista que tanto estaba buscando.

Pero por desgracia las cosas no iban a resultar tan sencillas para Stephen Bribb.

CAPITULO XI

Una media hora antes, aproximadamente, Marion Sidney se hallaba ante la pequeña pantalla de su televisión.

No es que prestara excesiva atención a lo que veía, pero después de escribir aquella carta se sentía ya mucho más tranquila. Antes de acostarse recibiría la visita de Stephen Bribb.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

La muchacha cerró el televisor y se dirigió a la puerta. Estaba convencida de que sería el joven periodista.

De ser otra persona no abriría la puerta. Claro que no.

Pero cuando Marion Sidney observó a través de la mirilla, vio a...

No a Stephen Bribb, pero tampoco a nadie de quien pudiera sospechar lo más mínimo.

De ello que no se le ocurriera, ni por un segundo, la idea de desatender la llamada.

Abrió.

—Buenas noches, Marion —dijo la persona que, sin necesidad de más, se adentró en la tienda.

La muchacha le hizo un gesto, indicándole que entrara, que pasara a la sala de estar. Luego le hizo otro gesto amable, señalándole un asiento, como rogándole que se acomodara.

Sin embargo, la susodicha visita llegaba con deseos de concluir cuanto antes con aquella situación. Una situación que se le antojaba sumamente peligrosa para su propia segundad.

No quiso, pues, sentarse. Si ya estaba adentro de la tienda, o mejor dicho, de la trastienda, y si ya tenía a su alcance a la joven muda, ¿a qué esperar? Era el momento de actuar.

Antes de hacerlo así, quiso, no obstante, decirle a la muchacha por qué iba a acabar con su vida. Por lo menos que no se fuera al otro mundo sin saber el motivo de su muerte.

—Vengo a matarte, Marion —dijo casi de inmediato—. Yo soy la novia

vestida de blanco...

El espanto y el horror se reflejaron en el rostro de quien no iba a poder emitir un grito, ni tan siquiera iba a poder pedir un poco de piedad. Las cuerdas vocales las tenía desde niña totalmente paralizadas.

—Hubiera preferido no tener que hacerlo —fue como si intentara disculparse—, pero has escrito una carta y a partir de ese envío todo resulta inestable e inseguro para mí.

Despavorida, notando cómo un súbito sudor inundaba su cuerpo y mojaba su vestido, Marion Sidney retrocedió unos pasos.

—He pensado en cómo acabar contigo —continuó diciendo—. No quiero hacerte más daño del preciso. Creo que lo mejor será que...

Se interrumpió, acercándose a ella y poniéndole las manos en el cuello. Empezó a apretar.

Resultaba evidente que pretendía estrangularla.

Lo lógico hubiera sido que Marion Sidney se rebelara, que no aceptara por las buenas aquel final.

Pero repleta de verdadero terror, de auténtico pavor, se sintió tan arrollada, tan intensamente arrollada por sus emociones, que se quedó quieta, inmóvil. Como un reo que ha subido al cadalso y sabe que ya nada tiene que esperar de la vida.

Las manos asesinas apretaban ya con todas sus fuerzas.

Marion Sidney sentía palpitar violentamente el contenido de sus venas. Sentía latir frenéticamente su corazón. Pero no, no acertaba a oponer resistencia ninguna.

Las manos seguían apretando...

El rostro de la muchacha se había puesto rojo. Esto al principio. Luego, por instantes, se estaba tornando de color violáceo. Pero ella seguía sin rebelarse. Parecía un manso cordero.

Las manos continuaban con su macabro y tenebroso quehacer.

Hasta que Marion Sidney, sin aire en los pulmones, a punto de asfixiarse, ya no puedo resistir más. Entonces quiso oponerse, encararse a aquel desenlace fatal.

No obstante, era ya tarde para pretender eso. Momentos después,

perdía el conocimiento.

Las manos siguieron apretando hasta quedar bien convencidas de que el trabajo había sido hecho a conciencia.

* * *

Hacía rato que Stephen permanecía silencioso. Sin duda pensando en la pobre Marion Sidney, a la que, desgraciadamente, había encontrado ya muerta.

Jeannine estaba a su lado, pero sin decir nada, no queriendo cortar sus reflexiones.

—Antes de que te vayas debo decírtelo... —repuso finalmente la muchacha.

—Decirme, ¿qué? —preguntó él.

—Esta mañana ha venido a verme Telly Mussell.

—¿Y bien? —pero era fácil adivinar la respuesta.

—Me ha pedido que me case con él. Me ha asegurado que se declaraba a las otras muchachas por complacer a su madre, pero que a mí me quiere de verdad... Imagínate, Stephen...

—¡Enhorabuena! —dijo éste—. Es lo que deseabas, ¿no? Una buena boda, que te lo solucione todo económicamente.

—No, Stephen —se sinceró ella, era el momento de hacerlo—, Desde que te conocí a ti ya no me ha interesado casarme por dinero. Pero aunque me sedujera esa idea, tampoco lo hubiera aceptado. Sólo de pensar que puedo acabar como las demás...

—¿Quieres decirme con esto que has rechazado su proposición de matrimonio?

—Sí, claro.

—Pues coge ahora mismo el teléfono —le dijo Stephen—, ¡lámalo, y dile que has cambiado de idea y que serás feliz siendo su esposa y compartiendo su vida.

—¿Tú, tú me pides eso... ? —se angustió Jeannine— ¿Tú que me

besas de una forma tan...?

—No se trata de mis sentimientos hacia ti —repuso Stephen—, Sentimientos que son sinceros, te lo aseguro. De tal modo lo son, que pienso pedirte que te cases conmigo. Pero ahora, ante todo, debemos cazar a la novia vestida de blanco...

—¿Que me pedirás que me case contigo? —brillaron llenos de felicidad los bonitos ojos claros de Jeannine—. ¡Oh, Stephen! Pero ¿pretendes —protestó— que antes haga de conejo de indias?

—Sí —dijo Stephen—, Pero no correrás riesgos, no te preocupes. Yo voy a estar vigilándote continuamente.

—No me gusta nada el trabajo que me endilgas.

—Hay que solucionar el asunto. Antes de que todo se complique y haya más víctimas.

—Es que si las hay, la nueva víctima seré yo. Se llega con facilidad a esta conclusión, ¿no crees?

—Ten confianza en mí —repuso Stephen — . Y no creas que sigo sin sospechar de nadie, como al principio. No, ahora ya sé quién es la novia vestida de blanco Pero necesito desenmascararla, ¿comprendes? Y tú puedes ser un magnífico anzuelo.

—Si tú lo dices... —iba a hacer lo que Stephen le decía, pero la voz se le afilaba.

—Anda —la animó Stephen—, telefonea a Telly Mussell.

—Bueno —aceptó.

Discó unos números y quedó pendiente de que respondieran a su llamada. La espera resultó un poco larga.

Tras la cual, fue la voz de la señora Mussell la que se oyó a través del hilo.

—¿Desea hablar con mi hijo? Espere un momento, por favor. En seguida se pone.

Cuando Telly se puso al teléfono y Jeannine le habló en el sentido que Stephen le había dicho que lo hiciera, la respuesta no resultó la esperada.

Sí fue la respuesta esperada por lo que respecta a Telly. Dejó bien

claro que le hacía feliz que la muchacha hubiera cambiado de parecer. Pero a su madre no le cayó bien la noticia, por lo que no fue capaz de controlarse. La oyó exclamar:

—¡Me gusta ser consultada, lo sabes, Telly! ¡Por tu única y exclusiva cuenta no debes decidir nunca aquello que me incumba a mí tanto como a ti!

Jeannine no oyó más, porque Telly Mussell tapó el auricular con la mano. Por lo demás, el joven se limitó a decirle que ya se verían al día siguiente. Acto seguido colgó.

—¿Y bien? —preguntó Stephen.

—A su madre le ha sentado muy mal —le hizo saber Jeannine.

—Me lo imaginaba.

CAPITULO XII

Era ya más de medianoche cuando la señora Mussell agudizó al oído, asegurándose de que en la casa todo era silencio.

Seguidamente se agachó, sacando de su sitio un cajón del armario del dormitorio. Hecho lo cual metió la mano en el vacío que había dejado el cajón, tanteando en el doble fondo del mismo.

Poco después extraía de allí un vestido blanco. ¡Un vestido de novia, envuelto en sutiles y vaporosos velos!

La señora Mussell se desprendió del oscuro y severo traje que llevaba puesto y se puso el de novia. Como si fuera una jovencita que iba a vivir el día más hermoso de su vida. Después, la señora Mussell abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo.

La casa seguía en absoluto silencio.

Perfecto.

Bajó las escaleras y se dirigió a la puerta trasera de la casa. Saldría por allí.

Ya fuera, se percató de lo oscura que era la noche. Oscura y cargada de espesa y densa niebla.

Mejor así.

Se encaminó hacia la carretera, pero no por donde pudiera ser vista. Prefirió dar un rodeo y apartarse de las calles principales. A una de ellas daba la fachada de su casa. En la misma calle se hallaba el único hotel de Middlentton.

Preferible, pues, rehuir encuentros innecesarios.

Llegó junto a la carretera unos quince minutos después, ya en las afueras. Y una vez allí se detuvo, quedando a la espera.

¿A la espera de qué?

¿O de quién... ?

Sabía que Constance solía abandonar el hotel todos los martes y viernes, a aquella hora aproximadamente.

No era un secreto. Como tampoco era un secreto que iba a reunirse con un hombre. De esto, al menos, parecían estar seguras las personas que la conocían.

La señora Mussell, que había dejado caer sobre su rostro el velo de novia, siguió junto a la carretera. Convencida de que no tardaría en ver aparecer el coche de Constance. En efecto, lo veía ya.

Iba a una discreta velocidad. Sus luces iluminaban la carretera conforme se acercaba. De pronto, la señora Mussell se apartó de los arbustos tras los cuales había permanecido hasta entonces y se plantó en medio de la calzada.

El coche, conducido por Constance, llegó hasta allí y se detuvo.

La señora Mussell se acercó a la ventanilla entreabierta.

—Es una imprudencia que nos encontremos aquí —dijo Constance, con el tono muy nervioso—. La situación se ha complicado demasiado. Quizá sería preferible dejarlo estar... Sí, creo que sería lo mejor —se reafirmó en lo dicho.

La señora Mussell hizo un gesto negativo. Ella no quería dejarlo estar. Quería seguir adelante.

—Corremos el riesgo de acabar en el patíbulo —repuso Constance—, Yo como encubridora... Además, que esas muertes resultan tan horribles, tan espantosas... ¡Pobre Marion, era buena, angelical! ¿Fue necesario llegar a ese extremo...?

La señora Mussell asintió repetidas veces.

—Anda, sube al coche —se decidió a decir Constance—. Sube y quítate esas ropas... Y si has de hacerme caso, no vuelvas a ponértelas nunca más.

En aquel momento se dejaron ver las luces de otro vehículo. Venía en dirección contraria a la de ellos, a bastante velocidad.

La señora Mussell debió considerar que no iba a tener tiempo de meterse en el coche sin ser vista y optó por retroceder, por volver a protegerse tras los arbustos.

Cuando el coche pasó, Constance dio por seguro que la novia vestida de blanco volvería a acercarse a la ventanilla.

No fue así.

Constance hizo un gesto de viva extrañeza. ¿Cómo explicarse aquello? No, no tenía sentido.

* * *

La señora Mussell iba a dar una fiesta.

Hasta pocos días antes, Jeannine apenas había visto a Telly Mussell. Se excusaba diciéndole que tenía miedo a que el asesino se enterara de que sus relaciones iban en serio. Pero, de pronto, la muchacha quiso dar la cara, así que pidió a Telly que una hermosa fiesta rubricara debidamente su próxima boda.

En realidad, Jeannine se estaba limitando a seguir las instrucciones de Stephen Bribb. No hace falta decirlo.

La señora Mussell no se opuso a los deseos de Jeannine, aunque le dijo que hubiera considerado más razonable posponer la fiesta para otra ocasión. Pero Jeannine insistió y quedó acordado que la fiesta se celebraría a no tardar.

—No, no estoy asustada —había dicho la muchacha—. Tengo un guardaespaldas.

—¿Un qué...? —inquirió la señora Mussell, parpadeando.

—Un guardaespaldas. Bueno —añadió la muchacha—, me refiero a ese joven que usted ya conoce, con el que ha hablado ya en un par de ocasiones...

—¿Ese periodista que... ? —había preguntado.

Y Jeannine le respondió:

—No es periodista. Es detective privado. Y está seguro, segurísimo, de que no tardará en descubrir a la persona que se encubre, o que se protege, o que se disfraza, como prefiera decirse, tras ese vestido de novia...

En fin, que la fiesta se estaba ya celebrando.

Y lo cierto es que habían acudido muchas personas a los hermosos salones de aquella casa. El morbo de todo lo sucedido, parecía, no sólo no haberlos animado a declinar la invitación, sino a todo lo

contrario.

Y todos parecían preguntarse, con un morbo creciente, evidentemente, si Jeannine sería la nueva víctima de aquel drástico e implacable látigo. Y si habrían otras víctimas mortales, que ya nadie dudaba que todo aquello estaba espeluznantemente relacionado.

Por descontado, a la fiesta también había acudido Stephen. Y llegado cierto momento se permitió solicitar:

—¿Puedo bailar con la novia?

Telly Mussell no le puso buena cara, pero asintió. No quiso por lo visto pecar de mal educado.

—¿Tú crees que vamos por el buen camino? —y apenas empezaron a bailar, Jeannine aprovechó la ocasión para hacer esta pregunta, si bien bajando muy discretamente la voz—. Yo no estoy muy convencida...

—Yo sí estoy convencido —aseguró Stephen, a quien el tobillo ya no le dolía, por lo que podía bailar correctamente—. Así que ya sabes lo que tienes que hacer dentro de una hora aproximadamente. Lo que acordamos, esto es...

—Salir de este salón e ir hacia el otro extremo de la casa —repuso Jeannine, y bajó aún más la voz—. Como si estuvieras mareada de tantos invitados y de tanta conversación...

—Ya en el otro extremo de la casa, ya concretamente en la biblioteca, esperas... — añadió Stephen.

—Espero el desenlace de la historia, que según tú no se hará esperar —dijo Jeannine—. ¡Oh, qué poco me gusta todo esto!

—Sabes que no voy a perderte de vista. No debes abrigar temores.

—Haré lo que acordamos. Cuando yo prometo una cosa, la cumplo. Pero si he de serte sincera, me sabe mal que Telly Mussell esté dando por descontado que voy a casarme con él. Cuando le diga que todo ha sido un simple ardid para cazar al culpable, no va a gustarle, y la razón estará de su parte.

—Para cuando llegue ese momento, el culpable habrá sido descubierto, atrapado, y eso significará un respiro de alivio para todos. Un alivio suficientemente grande como para que nadie pueda guardarte rencor por nada.

—Sí, claro —reconoció Jeannine—. Pero dime, Stephen, ¿quién crees tú que hay bajo ese vestido de novia...? —afinó tanto la voz que apenas se la oyó—. Me dijiste que ya sospechabas de alguien...

—Y sigo sospechando.

Concluyó el baile, y se separaron.

Y Stephen Bribb, entonces, se dirigió hacia el lugar del salón donde se hallaba la señora Mussell.

Estuvieron hablando un rato.

Stephen, que ya no ocultaba que era detective privado, le aseguró que lo tenía todo preparado, dispuesto, y que antes de veinticuatro horas la culpable, o el culpable, seria detenido. No podía fallarle, por lo que de antemano estaba dando por conseguido lo que se proponía.

Seguidamente, Stephen pidió un baile a una muchacha que desde hacía rato estaba lanzándole miradas sumamente insinuantes.

Y la fiesta prosiguió...

Hasta que hubo transcurrido una hora, más o menos, y Jeannine consideró que había llegado el momento de llevar a cabo el plan trazado.

Así pues, la muchacha se alejó del salón. No le costó hacerlo porque Telly, en aquel momento, se hallaba hablando con unos amigos, formando un grupo. En cuanto a la señora Mussell, estaba en el salón contiguo conversando con unas amigas.

Como fuera, pudo alejarse de allí con la máxima discreción. Sin que nadie reparara en que lo hacía.

Y poco después se encontraba en el otro extremo de la amplia casa, en la biblioteca.

Esta era una estancia muy espaciosa, que tenía una puerta acristalada, corrediza, que en aquel momento se hallaba levemente entreabierta. Daba a una circundante terraza. Por allí, indudablemente, podía entrar o salir cualquiera con absoluta impunidad.

Este pensamiento fue el causante de que a Jeannine se le hiciera un nudo en la garganta. Pero claro, Stephen debía haber tenido bien presente la circunstancia. Incluso, claro, debía haber elegido aquella

estancia por eso, precisamente por eso. Dar facilidades al asesino, o a la asesina, podía resultar beneficioso.

A Jeannine le hubiera resultado fácil encender la luz de la biblioteca. Para eso le habría bastado accionar el interruptor que se hallaba junto al marco de la puerta por la que acababa de entrar.

Pero Stephen le había dicho que era preferible que entrara allí y que se quedara entre sombras. Las sombras, sin duda, animarían a la novia vestida de blanco a hacer acto de presencia.

Jeannine avanzó hacia el interior de la estancia, sintiendo ganas de carraspear. Seguía el nudo en su garganta.

Al alcanzar un sillón, decidió sentarse y esperar. Bien mirado, nada más oportuno, las rodillas le flaqueaban de mala manera.

Quizá esperara en vano.

Ojalá fuera así, pues cuanto más inmersa se sentía en todo aquello, más ganas le daban de echar a correr.

Aún no habrían transcurrido cinco minutos, cuando Jeannine oyó un ruido.

Como si la puerta acristalada, corrediza, que daba a la terraza, y que había visto levemente entreabierta, se hubiera abierto un poco más.

Pensó que debía ser una simple apreciación suya, y no se movió, se quedó quieta. Pero con la respiración entrecortada y el oído muy atento. Huelga decirlo.

Sí, había oído bien. Sus tímpanos no le habían engañado. Ahora sentía unos pasos que se acercaban a sus espaldas. Iban directos hacia el sillón en que ella se hallaba.

Jeannine puso las manos en los brazales, cogió impulso y de pronto se levantó.

Lo hizo al mismo tiempo que daba media vuelta y se encaraba a ¡la novia vestida de blanco!

Porque la novia vestida de blanco estaba allí, apenas a unos metros de ella, entre la oscuridad de la estancia y la leve claridad que llegaba del exterior.

El velo cubría el rostro de quien iba a atacar de un momento a otro. La prueba, que el látigo largo, delgado y flexible se alzaba ya furibundo

en el aire.

Jeannine abrió la boca. Iba a gritar...

El grito, quizá, no hubiera llegado a tiempo de salir de su garganta. ¡La velocidad de aquel látigo resultaba tan increíble, tan vertiginosa!

Pero en el último instante, cuando el látigo iba ya a caer brutal e inexorable, fue detenido por una mano de hombre.

Por la mano férrea, dura, de Stephen Bribb.

—¡No me gustan sus modales! —había de exclamar—. Aunque me gusta que no haya resistido la tentación de mutilar una nueva cara bonita.

Sujeta férreamente por la muñeca, a la novia vestida de blanco no le tocó otro remedio que ceder en sus violentas y agresivas pretensiones. Por lo que el látigo descendió sin haber descargado su consabido e inexorable golpe.

Por lo demás, la novia vestida de blanco siguió allí, sujeta a la inflexible fuerza de aquel hombre joven que había surgido, en defensa de Jeannine, del modo más súbito e inesperado.

—Bueno, ahora sepamos qué cara hay bajo este velo... Pero para verlo bien —agregó Stephen—, enciende la luz, Jeannine... Este momento merece todos los honores...

Así que la luz fue encendida, Stephen se dispuso a quitar el velo a quien, hasta entonces, había sido para todos una visión sobrecogedora.

La novia vestida de blanco hizo un instintivo gesto de retroceso, de autodefensa, pero no iba a poder evitar que el velo fuera arrancado de su rostro.

Y la señora Mussell quedó al descubierto. No, ya no había posible escapatoria para ella. En ningún sentido.

Debió comprenderlo así, pues aceptó con facilidad su fracaso. Si bien lo hizo de un modo exasperado, crispando con furia las mandíbulas y lanzando miradas iracundas, llenas de ira y de rabia.

—¡Sí, soy yo la persona que buscaban! ¡Sí, yo...! Y no me arrepiento de lo que he hecho, volvería a hacerlo.

Se detuvo al ver que en el dintel de la puerta de la biblioteca aparecía

su hijo, y no sólo él, sino también varios de los invitados a aquella fiesta. Debían haber oído voces y debían haberse acercado para ver qué sucedía.

Telly Mussell se- quedó pálido, lívido, a! ver vestida de aquel modo a su madre. Casi se tambaleó.

—No es posible.., —musitó horrorizado—. No es posible... No puedo creer lo que mis ojos están viendo...

—¡Volvería a hacerlo! —exclamó de nuevo la señora Mussell—. ¿Quieren todos ustedes saber por qué... ? ¿Quieres saberlo también tú, Telly? Pues voy a decirlo... ¿Por qué no decirlo si ya es tarde para cualquier otra cosa? Pues lo he hecho ¡porque no quería que ninguna otra mujer me arrebatara tu cariño, hijo mío! ¡Te quería para mi sola! ¡Para mí sola!

—Y no se le ocurrió otra cosa que desfigurar el rostro... —empezó a decir Stephen.

—No, no se me ocurrió nada mejor —exclamó la señora Mussell—, aunque bien he demostrado que, de presentarse la ocasión, estaba dispuesta a llegar a situaciones límites.

—Sin duda se refiere a los muertos —repuso Stephen—, Para empezar, Liza... Una muchacha que creyó que iba a casarse con el hombre más guapo y rico de Middlentton...

—Sí, Liza —replicó la señora Mussell—, a quien envenené con aquellos bombones. Fue suficiente inyectarles una dosis de arsénico. Era muy golosa y yo lo sabía.

—Pero si quería que su hijo no se casara, ¿por qué insistía en sentido contrario? De forma reiterada, al parecer casi obligándole a obedecerla...

—Hacía eso —repuso la señora Mussell— para que a mi hijo no le pasara por el pensamiento, ni siquiera por un solo instante, que yo podía ser la autora de esos hechos...

—Y luego mató a un hombre, a un tal Basil —recordó Stephen—, y lo dejó sin cabeza y sin pies. ¿Por qué, si puede saberse, el macabro y sádico placer de mutilarlo de esa manera? ¿Y por qué el deseo de dejar la cabeza y los pies sobre la tumba de Liza, como si de ramos de flores se tratara...? ¿Puede responderme a eso, señora Mussell?

—Puedo responder a todo —repuso, y sin vergüenza, casi con orgullo,

alzó la cabeza y miró a unos y a otros, también a los invitados a la fiesta y también, asimismo, a su propio hijo—. Lo hice porque... porque... —pero se detuvo, como si, en aquel momento, no supiera exactamente por qué lo había hecho.

—Mató a la abuela de Felicia. Era una pobre vieja que apenas debió oponerle resistencia.

—Sí, pude hacerlo con facilidad —contestó la señora Mussell.

—Y mató a Marion Sidney, una pobre muda...

—No pudo gritar —dijo la señora Mussell—. Fue una inestimable ventaja para mí.

—¿Por qué la mató? —preguntó Stephen.

—Cosió dos vestidos de novia, no uno. Yo se lo encargué, aunque lo hice de una forma original que no había de comprometerme en absoluto. Pero las circunstancias se estaban complicando...

—Y también quiso matarme a mí —repuso Stephen— en la alcantarilla, en medio de una oscuridad tan intensa que, realmente, no pude adivinar que fuera usted.

—Lo preparé todo con cuidado —manifestó la señora Mussell— para que nada me fallara. Pretendía eliminarle porque se estaba metiendo en mis asuntos...

—Me dio unos cuantos latigazos. La felicito, supo hacerlo muy bien, a otros menos fuerte lo hubiera dejado sin sentido en pocos instantes. Por cierto —añadió Stephen—, también se desenvuelve muy bien con el hacha.

—Sí, es así —reconoció.

—Un poco más —dijo Stephen— y me da de lleno con su cortante filo. Tuve suerte.

—Sí, la tuvo —asintió la señora Mussell—. Un poco más y hubiera acabado con usted de una vez.

—Pero optó por escalarse cuando yo disparé... Pero yo le di. Lo hubiera jurado.

—No me dio —contestó la señora Mussell.

—Quizá por eso —dijo Stephen con naturalidad, con el mismo tono

que venía haciéndolo— aún tuvo ánimos de sacar su propia pistola y de dispararme a mí. Pero como habrá podido comprobar, las balas de su pistola tampoco me alcanzaron.

—Ya me doy cuenta. Desgraciadamente... ¡Me hubiera gustado dejarlo sin vida allí mismo, en la alcantarilla, para que las ratas acabaran con usted!

Una vez que la señora Mussell dijo esto, Stephen quedó con los labios apretados. Luego dijo:

—Usted no es la novia vestida de blanco, señora Mussell. ¿A quién está intentando encubrir...?

La señora Mussell hizo un gesto de desconcierto, de quien, de forma inesperada, ha sido cogida en falta y no sabe qué expresión poner. Lo que no le impidió, casi de inmediato, reaccionar. Entonces dijo:

—No le he entendido, señor Bribb.

—Me ha entendido perfectamente, pero se lo diré aún más claro. Usted no envió aquellos bombones a Liza, ni desfiguró la cara a Marguerite, ni tampoco a las otras muchachas que le precedieron como prometidas de su hijo. Tampoco fue usted la causante de lo sucedido a Felicia... Por lo demás, usted no ha matado a nadie... No ha manejado en su vida un látigo y menos aún un hacha... Así que la pregunta de antes se la vuelvo a hacer. Resulta una pregunta obligada. ¿A quién está intentando encubrir...?

— No comprendo a... a donde quiere ir... ir a parar... —balbuceó la señora Mussell.

— Ha aceptado usted el hecho de que en la alcantarilla me disparó — repuso Stephen— , e incluso ha añadido que Se hubiera gustado dejarme sin vida allí mismo para que las ratas acabaran conmigo... Pues sepa usted, señora Mussell, que en la alcantarilla nadie me disparó... Si lo he dicho, ha sido para demostrarme a mí mismo que tenía razón, que mi hipótesis era la buena... En verdad —añadió Stephen—, nunca he creído en su culpabilidad.

— Pero si yo he admitido... he admitido ser... ser la culpable — balbuceó de nuevo.

—Usted está dispuesta, no sólo a aceptar la responsabilidad de todos esos crímenes cometidos, sino que en realidad se ha vestido con este traje de novia y ha atacado a Jeannine para quedar desenmascarada... —dijo Stephen—, Sabía que yo estaba al acecho y

que su intento no iba a pasar de ser eso...

En esta ocasión la señora Mussell no dijo nada. No se le ocurrió qué decir. Se sintió, evidentemente, entre la espada y la pared.

— Hace ya días que usted sospecha de alguien, señora Mussell — manifestó Stephen seguidamente—. De alguien... que lo está haciendo todo en complicidad con otra persona. Y se le ocurrió pensar que esa otra persona pudiera ser Constan ce, la pelirroja dueña del hotel. Así que, como por lo visto encontró usted en alguna parte el vestido de novia, se lo puso y se fue hacia la carretera, donde sabía que no tardaría en pasar el coche de Constance. E iba a estar muy claro, si ella frenaba el coche, si no se asustaba de la novia vestida de blanco y si le dirigía la palabra con naturalidad, eso significaría que usted no se había equivocado. Y en efecto, Constance detuvo el coche y le habló, creyendo, por descontado, que no era usted... Yo la estuve siguiendo, señora Mussell — añadió Stephen—, así que pude darme cuenta de tales hechos.

Las cosas empezaban a estar suficientemente claras. En realidad, más que claras.

De ello que todas las miradas buscaran a Telly.

Pero ninguna de esas miradas dieron con él. Se había esfumado, había desaparecido del dintel de la puerta.

Había permanecido allí, al principio, limitándose a poner cara de circunstancias, creyendo que su madre conseguiría convencer a todos de que la culpable era ella, sólo ella. Sin embargo, poco había de tardar en comprender que Stephen Bribb sabía ya la verdad, toda la verdad.

Así que optó por retroceder un paso, y luego otro, discretamente, como quien no hace nada, como quien no quiere la cosa, y acabó escapando de allí y seguidamente de la casa. Con toda la premura que le fue posible.

Stephen no había reparado en su ausencia, en su huida. Estaba dedicado única y exclusivamente a la tarea de desenmascarar al culpable. Además, había quedado de acuerdo con el inspector de policía y éste le había asegurado que, a partir de media noche, estaría con sus hombres rodeando la casa. Si alguien pretendía escapar, sería detenido.

Al ver que Telly Mussell ya no permanecía entre los demás, el

detective opinó:

—Es lógico. Intentará escapar... —Pero sin más, volvió a dirigirse a la señora Mussell. Entonces dijo—: Sabía que iba a ser muy difícil desenmascarar a su hijo, así que se me ocurrió que el modo más sencillo de lograrlo sería haciendo que usted se delatara por él... Y para eso ha bastado convencerla de que el culpable iba a caer en poder de la justicia de un momento a otro... No, no ha hecho falta más... Usted se ha precipitado a ocupar su lugar...

—Mi hijo no tiene nada que ver con todo esto... —pero su propia defensa se le antojó absurda.

—A su hijo le herí en la alcantarilla, estoy seguro —dijo Stephen—. Yo diría, por como disparé, que le di en el hombro. Cuando sea detenido, se podrá comprobar lo que digo... Por lo demás, Constance tendrá que responder a un sinfín de preguntas y terminará confesando porque, ciertamente, no le quedará otro remedio. Así las cosas, señora Mussell, ¿por qué no acepta lo ya inevitable y reconoce la culpabilidad de su hijo?

La señora Mussell se echó a llorar desgarradoramente, tapándose el rostro con ambas manos. Todo su cuerpo quedó agitado por desesperados sollozos.

—¡La culpa de lo sucedido ha sido mía! —exclamó—. ¡Mi hijo no hubiera actuado de ese modo si yo no le hubiera inducido a ello con mi temperamento dominante, autoritario!

—Explíquemelo mejor —pidió Stephen.

—Yo quería que se casara con una muchacha buena, honesta... —había separado ya las manos de su rostro—. Sobre todo honesta, decente... Siempre he sido muy rígida e intransigente en cuestiones de moral... —a la señora Mussell ya no le importaba hablar, confesarlo todo—, Telly me dijo en una ocasión que se había enamorado perdidamente de una mujer de vida fácil... Yo remonté en indignación y le dije que si se casaba con ella le desheredaría... Y no sólo eso, le dije que tenía que casarse pronto con quien yo le indicara, sin dar largas al asunto, o de lo contrario también le desheredaría... Podía tratarse simplemente de una amenaza —añadió la señora Mussell—, pero mi hijo, conociéndome bien, sabía que había hablado completamente en serio. Si unía su vida a una cualquiera, de mí no recibiría ni una libra... Tampoco la recibiría si se negaba a obedecerme.

CAPITULO XIII

Todo empezó realmente cuando Telly Mussell, en una calle de la ciudad, oyó una voz de mujer que le decía:

—¿Quieres compañía, guapo?

Nunca había hecho caso a las prostitutas callejeras. Si deseaba divertirse iba a buscar algo más escogido, algo no tan tirado.

Pero cuando Telly Mussell se giró y miró a la pelirroja muchacha, se detuvo y se quedó mirándola insistentemente.

Pasó la noche con ella.

Y así nació un amor vehemente, arrebatado, por parte de un hombre que por su físico y la fortuna de su madre hubiera podido elegir entre lo mejor, entre lo más refinado. Por lo que respecta a Constance, lo cierto es que se enamoró del guapo Telly.

Sabiendo cómo pensaba la señora Mussell, decidieron, de común acuerdo, proceder en consecuencia. No consentirían que nadie los separara.

Como la señora Mussell estaba muy enferma del corazón, no tendrían que dar largas al asunto por mucho tiempo.

Pero precisamente por eso, porque estaba muy enferma del corazón, la señora Mussell quiso que su hijo se prometiera a Liza y se casara. Sabía que su hijo había perdido el buen sentido por una prostituta y no estaba dispuesta a consentir que la muy ladina se saliera con la suya.

Mientras tanto, Telly había dicho a Constance que fuera a Middlentton y que comprara el hotel, que acababa de ser puesto en venta. Le dio el dinero suficiente para eso y para que, asimismo, se comprara un coche.

Se trataba de no vivir tan lejos el uno del otro y de que, por lo demás, todos los martes y viernes ella cogiera el coche y llegara hasta un parador situado a unos cuantos kilómetros de Middlentton. En ese lugar se reunirían y harían el amor.

Sin embargo, casi sin darse cuenta, y en realidad no atreviéndose a oponerse a las intransigencias y a las amenazas de su madre, Telly se vio ante el día de su boda. De su boda con Liza, una muchacha contra

la que no tenía nada, pero que se estaba anteponiendo a lo que él verdaderamente deseaba.

En eso, recordó lo golosa que era Liza. Los bombones rellenos de licor eran su debilidad, la chiflaban. No quiso pensárselo más. Lo decidió en un momento.

El mismo día de su boda. Liza recibió una espléndida caja de bombones. De los que se comió dos o tres. Más que suficiente.

Y hasta aquí el primer crimen de un hombre que, por no perder la fortuna de su madre y por poder ofrecérsela a Constance, se vio capaz de todo.

Por lo demás, y como su madre no iba a cejar en su empeño de casarlo, Telly comprendió que tendría que organizar un plan. Algo que lo defendiera de los deseos maternos, siempre autoritarios e intransigentes.

Se le ocurrió hacer ver que Liza salía del cementerio con su vestido blanco de novia. Un modo como otro de asustar a sus presuntas y futuras novias.

Encargó el nuevo vestido a Marion Sidney, por carta, diciéndole dónde debía entregarlo

una vez debidamente confeccionado. La chica se vio tentada por el dinero que le ofrecía y no se detuvo a reflexionar.

Pero Telly Mussell no consiguió que aquella novia vestida de blanco asustara a Marguerite, su actual novia. Sus fugaces apariciones no lograron el objetivo deseado. Así que llegó a la conclusión de que debía actuar de un modo más contundente.

Una noche, al salir de la casa de su amiga Felicia, Marguerite recibió un latigazo que le desfiguró el rostro para el resto de sus días.

Y la misma suerte había de corresponderle a las demás muchachas que, por no perderse el dinero de Telly Mussell, o quizá simplemente por estar enamoradas de él, se decidieron a seguir adelante.

Las cosas empeoraron, empero, el día que Telly Mussell se dispuso a aparecer una vez más con sus galas de novia. Confiaba en que, al final, cundiera el pánico y ninguna muchacha de Middlentton quisiera saber nada de él.

Estaba en el cementerio, ante la tumba de Liza, cuando se vio

sorprendido por un hombre, por un tal Basil. Lo conocía de vista, era el padre de una bonita muchacha casadera. Posiblemente había ido allí a ver si podía ser cierto o no todo lo que se decía de Liza, la muchacha que había sido envenenada y la que, al parecer, estaba decidida a que nadie se casara con Telly Mussell.

Ese hombre le sorprendió, viéndole el rostro. No le había dado tiempo a echarse encima el velo de novia.

Telly Mussell le atacó. Había visto cerca de allí un hacha —sin duda la usaba el sepulturero para alguno de sus quehaceres— y cogiéndola, se lanzó sobre quien, evidentemente, no podía quedarse con vida. A riesgo si no de que todo su plan se fuera abajo.

Le atacó de pronto, queriendo incrustarle el hacha en mitad del pecho, pero el hombre le esquivó en lo posible y consiguió en parte que errara el golpe. Sin embargo, no atinó a encoger la pierna derecha con la presteza precisa y el filo del hacha le dio de pleno en el tobillo. Su pie quedó amputado.

Telly atacó de nuevo. Esta vez fue directo al cuello del hombre que había empezado a gritar.

Este nuevo golpe, violento y circundante, no falló, y la cabeza cayó rodando.

De momento todo había quedado solucionado, pero ¿qué pensaría la gente de ese crimen... ?

A Telly Mussell se le ocurrió amputar el otro pie a aquel hombre y cabeza y pies colocarlos sobre la losa de mármol de la tumba de Liza.

Seguro que ¡os habitantes de Middlentton pensarían en seguida en Bárbara Kali, la tía de Liza, que perdió ambos pies en aquel desgraciado accidente en la vía férrea. Y seguro que relacionarían tal hecho, tal circunstancia, con la aparición de la novia vestida de blanco. Que era Liza, tenía que ser Liza, pues llevaba su mismo vestido.

En resumidas cuentas, la gente pensaría en todo eso y se embrollarían, se desorientarían, se harían un lío, y eso a él, a Telly Mussell, le iría bien, le favorecería.

Cuanto más recayeran las sospechas en la muerta o en su amargada tía, si es que ciertamente podía sospecharse de una mujer en sus condiciones, más lejos estarían unos y otros de llegar a la verdad. Una verdad que Telly estaba dispuesto a que no saliera a flote.

Contribuyó a que la gente comentara todo aquello de un modo satisfactorio, el hecho de que la señora Mussell empezara a decir que ya se había dado cuenta de que Liza era una muchacha muy especial. Incluso dijo, y repitió, que besar a Liza debía haber sido algo así como besar a la Muerte...

Cada vez que decía esto, la gente se impresionaba. Sentía frío en el espinazo.

Telly, por lo demás, solía decir que sospechaba de Marion Sidney, la muchacha muda. De este modo todo se embrollaba más. Por descontado, también le favorecían los comentarios que se hacían respecto a la voz que sonaba a través del hilo telefónico. Esa voz rasposa, ronca, arañada, que no parecía tener mucho de humana. Telly la conseguía poniendo un papel fino, húmedo, sobre el auricular. Así de sencillo.

La señora Mussell, no mucho tiempo después, le dijo a su hijo que declarara sus sentimientos a Felicia. Era una muchacha muy decente, honestísima. Podría ser muy feliz con ella.

Felicia lo aceptó, si bien estaba llena de íntimos temores. Tenía mucho miedo a acabar como las demás.

Si Telly Mussell le hubiera dado tiempo, quizá Felicia ha bría cambiado de parecer, rompiendo el compromiso. Pero Telly optó por actuar de nuevo y lo hizo, ya no estaba dispuesto a retroceder ante nada.

La abuela de Felicia vio lo que sucedía e intervino. Le persiguió hasta el interior del mismo cementerio, donde él se había refugiado para dar más autenticidad a todo aquello. Y Telly Mussell se vio obligado a matarla. Y lo hizo con el hacha. Lo cierto es que, desde que mató a aquel hombre, la llevaba siempre consigo. El látigo y el hacha parecían ser ya algo insustituible para él.

Después de lo sucedido a Felicia, uno podía imaginarse, sin duda, que Telly Mussell disfrutaría de un respiro, de un descanso. Pero el propio interesado no quiso concederse ese respiro, ese descanso, pues hacerlo le hubiera parecido peligroso.

La señora Mussell llevó a su casa a Stephen Bribb. Lo hizo porque sospechaba ya de su propio hijo y quiso ver qué cara ponía ante el intruso que, no lo ocultaba, estaba empeñado en averiguar el verdadero trasfondo del asunto.

Fue entonces, al ver de nuevo a Stephen Bribb haciendo preguntas y más preguntas, cuando Telly Mussell decidió, no sólo acabar con él a la primera ocasión, sino que optó por decir que quería casarse con Jeannine. De este modo, si es que en algún sentido su madre o alguien desconfiaba de él, dejaría de hacerlo.

Por lo que respecta a lo sucedido en el interior de la al cantarilla, Telly Mussell creyó que iba a resultar sencillo.

No lo fue. Sobre todo cuando Stephen Bribb sacó su automática y disparó sin contemplaciones.

Le dio en el hombro, aunque levemente. De todas formas, para ser un simple periodista iba demasiado bien armado. Telly decidió huir, era lo más razonable.

Pero acto seguido hizo una visita a Marion Sidney. Lamentaba tener que llegar con ella a ciertos extremos, pero ya no le quedaba otro remedio. Sí, lamentaba tener que matarla. Sabía que la muchacha estaba sinceramente enamorada de él.

No obstante, y a pesar de haber matado a Marion Sidney, todo continuó estando en el aire. Y de ello no le cupo la menor duda cuando, al reunirse una vez más con Constance, en el parador, ella le dijo que se había encontrado con la novia vestida de blanco en la carretera. Había creído, claro está, que se trataba de él.

Telly Mussell había dejado escondido el traje de novia bajo uno de los cajones del armario de su dormitorio, en el fondo del mismo. Y allí volvió a encontrarlo cuando regresó y lo buscó.

No podía saber que había sido su madre quien lo halló, poniéndoselo y actuando del modo preciso para que quedara claro que él y Constance actuaban de común y tácito acuerdo.

De cualquier forma, a Telly Mussell se le metió la intranquilidad en el cuerpo. Todo se estaba complicando en exceso.

La señora Mussell habló a su hijo de organizar una fiesta, según la propia Jeannine había solicitado. Telly aceptó. No se vio capaz de decir que no.

Luego, de pronto, había sobrevenido el desenlace.

La señora Mussell, a la desesperada, quiso salvar a su hijo. A pesar de haber sido siempre una madre autoritaria y dominante, la verdad es que sentía un cariño ciego hacia lo único que le quedaba en la vida.

Quiso, por tanto, defenderle hasta más allá de lo razonable.

Estaba muy enferma, no tardaría en morir. ¿Qué importancia podía tener que aceptara todas aquellas culpas? Lo esencial era salvar a su hijo.

Pero Stephen Bribb estaba allí para algo. Y acababa de demostrarle que de tonto no tenía nada.

* * *

—Cómo, ¿no ha detenido a Telly Mussell? —se había dirigido al inspector de policía, haciendo un gesto de viva contrariedad—. Me aseguró que rodearía la casa y que detendría a todo aquel que pretendiera salir.

—Sí, se lo dije —contestó el inspector—, pero Telly Mussell ha conseguido escapar. No sé cómo se ¡as ha arreglado, pero ha burlado la vigilancia de mis hombres. Pero no irá muy lejos, de esto puede estar seguro —añadió—, todas las salidas de Middlentton están cortadas, vigiladas. Antes o des pues caerá en nuestro poder.

—Así lo espero —dijo Stephen.

—Si no aparece antes de doce horas —manifestó el inspector—, empezaremos a rastrear de aquí para allá. Incluso, si es necesario, iremos de casa en casa, no vaya a ser que se haya metido en alguna vivienda y esté consiguiendo a base de amenazas...

—A propósito, ¿qué me dice de Constance? —preguntó Stephen.

—La he detenido, pero se negaba a hablar —dijo el inspector—. Sin embargo, le ha dado un ataque de nervios y entonces ha confesado, aunque asegurando que ella nunca quiso que las cosas llegaran tan lejos.

CAPITULO XIV

Habían transcurrido casi cuarenta y ocho horas desde los últimos acontecimientos y Telly Mussell aún no había sido detenido.

No cabía pensar que hubiera podido salir de la localidad, así que se daba por seguro que se hallaba en alguna parte. Quizá metido en el cercano bosque. Puede que escondido en alguna cueva, por allí había varias. Tal vez oculto en algún ignorado e insólito escondrijo.

De cualquier manera, no aparecía y la gente empezaba a temerse que pudiera haber escapado. Aunque la policía insistía en que no, en que seguía allí. No era posible creer otra cosa dada la estrecha vigilancia a que estaba sometida la carretera, y los caminos, y los atajos.

En Middlentton no se hablaba de otra cosa, y era lógico que fuera así porque todos deseaban la detención de aquel hombre, cruel y sádico, del que nadie, hasta entonces, había sospechado.

Pero donde más se hablaba del hombre al que la policía esperaba detener de un momento a otro, era en la casa de Bárbara Kali. Esta, la tía de Liza, no tenía ciertamente otro tema de conversación.

Aquella noche, en el comedor de su casa, se hallaban reunidas varias personas. Dispuestas a hablar de todo aquello, evidentemente, hasta las tantas de la madrugada.

El primero en llegar había sido Frank Morggan y Marguerite, su hijastra. Desde que se enteraron de que Telly Mussell era el culpable de tantas muerte y desgracias, habían deseado presentarse allí.

—Marguerite ha querido venir a hablar contigo de todo lo que pasa —había dicho Frank Morggan—. Se me ha ocurrido acompañarla. Si a ti no te importa...

—Claro que no me importa, todo lo contrario —Bárbara Kali se esforzó por sonreír—. Me alegro que hayas venido. Nunca te he guardado rencor por nada. Adelante.

Llevó hacia atrás su sillón de ruedas, dejándoles el paso libre.

Marguerite entró la primera. Llevaba su larga y hermosa cabellera oscura peinada como siempre, tapándole media cara. Toda la parte izquierda de su rostro permanecía oculta.

Pero nadie ignoraba que una terrible cicatriz achicaba su ojo izquierdo, torcía su boca y formaba un surco escalofriante a lo largo de toda su mejilla.

Poco después había de llegar Felicia, la muchacha que seguía viviendo en la pequeña casa situada muy cerca del cementerio.

También ella deseaba estar allí, acompañada de las otras víctimas, víctimas más o menos directas del ser desalmado al que odiaban.

También acudieron a la casa de Bárbara Kali varias de las muchachas que, tras Marguerite, fueron las prometidas del guapo Telly Mussell y que, por descontado, corrieron la misma suerte que sus antecesoras.

Y sí, estaban todos reunidos cuando de pronto falló la luz. Se quedaron totalmente a oscuras.

—Debe haberse fundido un fusible —dijo Marguerite.

—La caja de los plomos está en la cocina, cerca de la puerta —hizo saber Bárbara Kali. —Voy a ver —repuso Frank Morggan.

* * *

Apenas pudiendo tenerse en pie, acuciado por el hambre, la sed y el cansancio, Telly Mussell había vagado de aquí para allá, escondiéndose donde pudo, desde luego en los lugares más increíbles.

Había intentado salir de la localidad, pero inútilmente. Todas las salidas estaban cortadas. No había modo de burlar aquella vigilancia.

De un lugar para el otro, llegó aquella noche hasta la casa de Bárbara Kali. Por la parte de atrás, todas aquellas casas se parecían mucho, así que no cayó en la cuenta de cuál era aquélla.

Y a eso se debió, dado que la vio a oscuras, que decidiera entrar. Necesitaba comer algo, y beber. Ya no podía más.

Encontró entornado un ventanuco y se coló por ahí.

No oyó nada y se adentró en el interior de la casa, entre la oscuridad reinante. Una oscuridad casi absoluta.

Buscaba la cocina. Necesitaba encontrar alimentos y reponer fuerzas.

En eso, de pronto, se encendieron las luces de la casa. Tan de pronto que Telly Mussell quedó como clavado en el suelo

Y se encontró en medio de una estancia, concretamente en un comedor, rodeado de varias personas.

Personas que conocía perfectamente: eran las víctimas de su inexorable látigo.

Además, estaba Bárbara Kali, en su sillón de ruedas, con el chal sobre las piernas. Era aquélla la mujer que había querido a Liza como una madre, aunque algunas personas pudieran haberlo puesto en duda. También estaba Frank Morggan, el padrastro de Marguerite. Este acababa de llegar de la cocina, diciendo:

—Ya está arreglado el fusible...

Debía estar arreglado, pues la luz funcionaba perfectamente. Pero lo cierto es que hubo un nuevo apagón. Aunque éste breve, transitorio. Apenas duró unos instantes. Sin embargo, durante esos instantes se oyó que alguien abría el cajón del aparador. El cajón central, que era donde estaban los cubiertos. Las cucharas, los tenedores, los cuchillos...

Y al acto se oyó lanzar un grito a Telly Mussell. Un grito de esos que por sí solos lo dicen ya todo. La víctima, sea cual fuere, ya no tiene nada que hacer. Sólo puede encomendar su alma a Dios, o al diablo. A la elección del interesado.

Cuando la luz volvió a encenderse, pues se había tratado, lo dicho, de un apagón fortuito, todos los ocupantes de la estancia permanecían en su sitio. Donde estaban antes.

Al parecer, ninguno de ellos se había movido. Cualquiera hubiera podido jurarlo. No obstante, alguien había acuchillado a Telly Mussell. Y lo había hecho tan bien, tan certeramente, que a no dudarlo la muerte debía haberle sobrevenido casi en el acto. Unos a los otros se miraron.

Ninguno de ellos dijo nada.

Ninguno preguntó cosa alguna.

Parecían dar por descontado que había sucedido lo que no podía dejar de suceder.

* * *

—¿Quién crees tú que lo mató...? —había de preguntar la muchacha a Stephen Bribb. —No creo que llegue nunca a averiguarse —contestó él— Cualquiera de ellos.

—Si, claro —asintió Jeannine,

—Bueno, el caso ya está concluido —dijo Stephen—, Voy a tener que irme de Middlentton.

—Sí, claro... —volvió a asentir Jeannine.

—No obstante, pienso volver —le hizo saber el detective—. Tú estás deseando que vuelva, ¿verdad?

—Eres un presuntuoso... —pero Jeannine, apenas dicho esto, se apresuró a añadir—: Sí, estoy deseando que vuelvas. Stephen.

—Cuenta con ello.

Para que se quedara convencida, Stephen la atrajo hacia sí, la apretujó entre sus brazos y la besó.

F I N


PUNTO ROJO
intriga...
PUNTO ROJO
ROJO
misterio...
ROJO
suspense...
ROJO
acción...
ROJO
31731
9 788402 025135
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.
Impreso en España